

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

LA RISA DEL DIABLO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

LA RISA DEL DIABLO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 319
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.172 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

La excursión amenazaba convertirse en un desastre para Paul Ackers. El cielo se había encapotado súbitamente, se había levantado un vendaval no menos inesperado y las gotas de agua empezaban va a caer, todavía no en cantidad, pero sí gruesas y pesadas, chasqueando sordamente al llegar al suelo. En los árboles, las ramas se movían lamentosamente, agitadas por el viento. El descenso de la temperatura se había producido con no menor brusquedad, cosa que había fastidiado bastante a Ackers, ya que estaba viendo el final nada agradable de un día que había comenzado con los mejores auspicios.

Una ráfaga más fuerte que otras estuvo a punto de llevársele el sombrero con el que se había protegido del sol, pero logró sujetarlo con una mano. A la espalda llevaba la mochila, ya casi vacía de provisiones. Pero no se le había ocurrido poner en su interior un impermeable.

—Debiera haber consultado el barómetro antes de salir —dijo.

La oscuridad se acentuaba con rapidez. De cuando en cuando, largos relámpagos cárdenos rompían los hinchados vientres de las nubes, que se desplazaban rápidamente hacia el Oeste. En ocasiones, los silbidos del viento parecían lamentos de almas en pena.

La noche cayó casi repentinamente y Ackers, consternado, advirtió que se había perdido en aquel espeso bosque. Había encontrado un sendero que le pareció podía ser un atajo para regresar a su alojamiento en el pueblo donde estaba pasando unos días de vacaciones, pero, también con inexplicable brusquedad, el camino había desaparecido de sus pies. Ahora sólo tenía ante sí, hierba, arbustos y árboles de los que, en ocasiones, se desprendía algún chasquido, que anunciaba la caída de alguna rama muerta.

Avanzó contra el viento, procurando seguir la dirección primitiva, inclinado hacia adelante, con la mano en el sombrero. Los truenos retumbaban en las alturas. La lluvia empezó a caer con fuerza. En pocos momentos, se sintió empapado de pies a cabeza.

Y entonces, un tremendo relámpago iluminó la tierra como si fuese de día. Ackers no prestó apenas atención al espantoso trueno que siguió. En el breve espacio de tiempo que había durado el resplandor, había tenido ocasión de ver la casa que le parecía el mejor de los refugios para su crítica situación.

Aunque la visión había durado menos de un segundo, pudo apreciar que se trataba de una edificación antigua, de ciento cincuenta o doscientos años por lo menos, picudo tejado de pizarra, con chimeneas, dos plantas y una marquesina ante la puerta de entrada, sostenida por cuatro columnas de estilo dórico, con balaustrada en la parte superior. Ackers corrió hacia la casa.

Alguien habría en su interior, pensó. Y si estaba deshabitada, forzaría la puerta. O una de las ventanas; ya buscaría al dueño más adelante, para disculparse. No era un ladrón, tenía una excelente reputación y el propietario

sabría comprender lo que había hecho en tan crítica situación.

En cuatro saltos alcanzó la protección del porche. Se sacudió como un perro mojado y alzó la mano para asir el pesado llamador de hierro forjado que había en la puerta de gruesos cuarterones. Cuando el llamador caía sobre el punto que debía golpear, sonó un enorme trueno.

Le pareció que toda la casa vibraba. Los ecos del colosal estampido se alejaron.

Ackers volvió a usar el llamador.

—La casa está deshabitada —murmuró.

Miró hacia la derecha. Un relámpago iluminó la ventana próxima. Rompería un cristal y...

De pronto, una luz se encendió en el interior de la casa. Un hombre abrió la puerta.

Ackers se quitó el mojado sombrero.

—Dispense. Me he perdido y la noche no es muy agradable...

El hombre, de unos cuarenta y tantos años, canoso, cargado de espaldas, sonrió a la vez que se apartaba a un lado.

—Pase, caballero —dijo—. De noche y con un tiempo tan malo, sería inhumano negar hospitalidad a un viajero extraviado.

—Mil gracias, señor —contestó Ackers—. De veras, le estoy muy agradecido por su amabilidad...

—Lo considero como un deber, lo mismo que la dueña de la casa. Por favor, sígame.

—Mi nombre es Ackers, Paul Ackers —declaró el joven.

—Soy Karlo —contestó el hombre—. Con K —puntualizó. Ackers se quitó la mochila.

—Deje, por favor —pidió Karlo—. Venga conmigo al salón; el fuego está encendido y podrá secarse.

Lleno de asombro, aunque discretamente callado, Ackers siguió a Karlo hasta un vasto salón, decorado según un estilo de, por lo menos, ciento cincuenta años antes, y en el que había una enorme chimenea, con repisa de piedra labrada, en la que ardían alegremente varios grandes troncos.

Karlo acercó una mesita con ruedas, en la que se veían algunas botellas y copas.

—Sírvase a su gusto, señor —invitó—. Avisaré a la señorita de su presencia.

—Gracias —dijo Ackers otra vez. Vio la palabra «Jerez» en una de las botellas y llenó una copa. Con ella en la mano, se acercó a la chimenea. El agradable calorcillo traspasó a poco sus ropas húmedas. El vino le reconfortó notablemente.

Miró a su alrededor. Se preguntó quién podía vivir en aquel paraje tan .solitario. Una casa, aislada en medio del bosque... Casi parecía un decorado de película, pero los muebles, las paredes, la chimenea, el fuego, todo era auténtico, visible y tangible. El vino tenía un sabor exquisito, era

indudablemente añejo y de una buena cosecha.

Pasaron algunos minutos. De pronto, se abrió la puerta.

Ackers se quedó estupefacto. Karlo había hablado de la señorita, sin duda la dueña de la casa, y él había pensado en una vieja solterona, gruñona y escasamente amable. Pero lo que tenía ante sus ojos era radicalmente distinto de lo que había llegado a suponer.

Era alta, de singular esbeltez, largos cabellos oscuros y ojos claros, con la tez muy pálida y los labios singularmente coloreados. Vestía sencillamente, un traje de lanilla a cuadros, de falda hasta las rodillas y zapatos de tacón bajo, con puntera cuadrada.

—Karlo me ha dicho que se ha extraviado en el bosque, señor Ackers —habló la joven—. Soy Stella Derwent.

Ackers hizo una inclinación de cabeza.

—Me siento muy honrado al conocerla, señorita Derwent. No hay palabras con las que expresar mi gratitud por tan hospitalaria acogida, pero me gustaría tratase de comprender mis sentimientos en esta ocasión.

Stella sonrió ligeramente.

—Resulta agradable encontrar refugio, cuando afuera ruge la tormenta —contestó—. Señor Ackers, por favor, considérese como en su casa.

—Me disgustaría mucho causar molestias...

—Para mí es un honor. Karlo le servirá de cenar muy pronto y le indicará su dormitorio. Le ruego me disculpe por no poder acompañarle a la cena.

—Señorita, un dormitorio es ya demasiado. Me conformo con quedarme en una butaca, junto a la chimenea...

—Por favor —sonrió Stella.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y se retiró. Ackers se preguntó qué podía hacer una muchacha tan en cantadora en un lugar completamente perdido del mundo. Llevaba unos cuantos días en el pueblo y la parlanchina dueña de la posada no le había mencionado para nada la casa del bosque.

—No será una casa encantada —murmuró.

Los truenos y los relámpagos seguían produciéndose sin cesar. En los cristales, se veía resbalar el agua, como si estuviesen situados bajo una catarata.

Karlo vino a poco, con una gran bandeja en las manos, que dejó encima de una mesa.

—Cuando el señor haya terminado y desee retirarse a descansar, tire del cordón de la campanilla, por favor. ¡Buen apetito, señor!

Ackers se quedó solo. La cena consistía en un hermoso trozo de cordero, guisado con patatas y verduras, ensalada, mantequilla, fruta y un buen pedazo de «pudding». Ackers era joven, aún no tenía treinta años, y disfrutaba de un excelente apetito. Al terminar, se sirvió una copa de Oporto, encendió un cigarrillo y se sentó frente a la chimenea.

Los truenos y los relámpagos habían cesado, aunque el agua seguía cayendo, abundante y mansamente. Estaría lloviendo toda la noche, supuso.

Al cabo de un rato, empezó a sentir sueño. Se puso en pie y se acercó al cordón de la campanilla. Karlo apareció a los pocos momentos.

—Deseo acostarme —dijo el joven.

—Sí, señor.

La cama era grande, de mullidos colchones, con dosel de columnas de oscura y brillante madera y cortinas de seda muy gruesa, púrpura, con flecos dorados. Karlo puso un par de troncos en la chimenea del dormitorio y se dispuso a marcharse.

—Por favor, Karlo... El criado se volvió.

—Sí, señor.

—La señorita... —Ackers vaciló un instante. Era una indiscreción, pero se sentía devorado por la curiosidad—. La señorita, ¿vive sola en la casa? ¿No hay nadie más con ella?

—Buenas noches, señor —se despidió Karlo fríamente.

«Me está bien empleado», pensó Ackers al quedarse solo, un tanto frustrado por la seca respuesta del sirviente. Pero, en fin de cuentas, no valía la pena preocuparse por la vida particular de Stella. Había encontrado un agradable refugio... y fuera seguía diluviando. La cama era mullida, acogedora. Se durmió a los pocos minutos.

* * *

De pronto, notó que no estaba solo. Alguien había encendido una luz.

Abrió los ojos. Stella estaba en el dormitorio, con un candelabro en la mano, que dejó sobre una mesita próxima. La joven vestía solamente un largo camisón blanco, de tejido muy liviano, que permitía entrever las líneas de un cuerpo escultural.

Ackers se incorporó sobre un codo.

—Señorita Derwent...

Ella se puso un dedo en los labios.

—Por favor, no haga ruido —solicitó en voz baja.

Ackers se sentía aturdido. ¿A qué había venido aquella hermosa joven a su dormitorio y con un atavío tan escaso de ropa? ¿Cuáles eran sus intenciones?

Segundos después, tuvo la respuesta, cuando el camisón cayó al suelo y el cuerpo de Stella quedó enteramente al descubierto, en todo el esplendor de su belleza, de proporciones clásicas. Una ligera sonrisa se formó en los labios de la joven al apreciar la estupefacción del huésped.

Luego, Stella se inclinó sobre el candelabro y sopló sucesivamente las tres velas. La luz disminuyó, a medida que se apagaban las luces. Luego sobrevino la oscuridad absoluta.

Entonces, Ackers sintió un movimiento a su lado. Un cuerpo cálido, de firmes contornos, se oprimió contra el suyo.

—No hables, no digas nada... —murmuró Stella a su oído—. Entrégate al amor... entrégate...

Algo pasó por la mente del joven, una especie de vértigo que le hizo olvidar todo. Estrechó fuertemente a Stella en sus brazos y oyó el gemido de alegría que brotaba de sus labios. En el momento culminante, sonó un trueno de dimensiones apocalípticas, que hizo temblar la casa desde el tejado a los cimientos.

* * *

Ackers despertó, desperezándose voluptuosamente. Había pasado una noche maravillosa, en brazos de una joven ardiente y llena de pasión, que le había hecho conocer momentos inolvidables. Hermosa Stella Derwent, se dijo; una joven reprimida, que había estallado en sus brazos durante la noche, completamente desinhibida y llena de ansias de vivir. Volvería a verla, se prometió, con un nuevo bostezo.

Entonces se dio cuenta de que el techo de su dormitorio era el cielo.

Estupefacto, se incorporó. Estaba en una cama vieja, desvencijada, con el colchón podrido y las mantas deshilachadas, situada sobre el suelo herboso. En torno a él, no había la menor sombra de paredes; sólo algunos restos de muros derrumbados muchísimos años antes indicaban los contornos de un edificio que ya no existía.

Junto a la cama, había una silla coja, sobre la que estaban sus ropas y la mochila. Y de la hermosa Stella y de su enigmático criado, no había ningún rastro en absoluto.

CAPITULO II

Georgia Marlowe, la rubicunda posadera, le miró asombrada y satisfecha al mismo tiempo, cuando abrió la puerta de la casa.

—Señor Ackers —exclamó—. Sin duda se perdió anoche, durante la tempestad...

—Sí, quise tomar un atajo a través del bosque, pero la tormenta sobrevino demasiado rápida y me encontré en la oscuridad —contestó el joven, a la vez que se descargaba de la mochila.

—Habrá pasado la noche debajo de un árbol, seguramente... ¡Pero tiene las ropas secas! —exclamó Georgia.

—He pasado la noche en una casa que ha desaparecido al llegar el día, señora Marlowe —dijo Ackers muy serio.

Ella le miró casi aterrorizada.

—No hablará en serio —exclamó.

—No bromeo —aseguró el joven—. Cuando ya no sabía dónde meterme, un relámpago me hizo ver una casa muy antigua...

—¡Jesús me valga! —Dijo la posadera, a la vez que hacía la señal de la cruz repetidas veces—. Ha estado en Derwent House, la casa de la niebla del Diablo...

—¿Cómo? —exclamó Ackers, lleno de estupefacción.

—Es una casa encantada por el maligno, señor —respondió Georgia—. Se aparece a los viajeros extraviados en el bosque y desaparece al llegar el día.

—Pero eso no puede ser...

—Algunas veces, intentaron llegar hasta ella durante el día, pero siempre, siempre, lo impidió una espesa niebla. Y usted dice que se cobijó allí...

—Mire mis ropas; aún tendrían que estar mojadas y ya están secas. Después del diluvio de anoche, no habría podido encender una hoguera para secarlas.

—En esa casa habita el diablo o alguna persona relacionada íntimamente con el diablo. Nadie que esté en su sano juicio osaría pasar por el lugar donde está la casa, señor Ackers.

El joven se preguntó si la posadera no estaría burlándose de él. Tenía la seguridad de que todo lo que había sucedido no era una ilusión. Sin embargo, había despertado en una cama desvencijada y podrida, al aire libre, entre unas ruinas...

—Aparte del diablo —dijo sonriendo—, ¿quién más habita en Derwent House?

—Nadie —respondió Georgia muy seria—. Hace casi doscientos años, vivían los dueños, lord y lady Derwent. Tenían una hija, muy hermosa, Stella, y quería casarse con un hombre del que estaba enamorada. Pero el pretendiente no era noble v los padres de Stela se negaron a autorizar el enlace. Ella dijo que se casaría de todos modos con su amado. Entonces, el

padre pagó a unos sicarios para que lo asesinasen.

—Y así, Stella olvidó a su enamorado.

—No, porque no quiso casarse con ningún otro, ni siquiera con el pretendiente que le buscaron sus padres, de la más rancia nobleza y muy rico e influyente en la Corte. Entonces, este pretendiente, que estaba loco por ella, la hizo raptar y la llevó a su mansión, en donde la forzó y la tuvo encerrada una temporada, hasta que ella consiguió escapar. Su madre, desesperada, había muerto de pena, y el padre, en un ataque de locura, se colgó de una viga.

—Menudo drama —comentó Ackers entre dientes.

—Ella juró que se vengaría y, dicen, hizo un pacto con el diablo. Pudo atraer a su secuestrador a la casa y lo asesinó, tras someterle a refinados tormentos.

Ackers pensó que si el secuestrador estaba tan enamorado de ella, no se necesitaba la ayuda del diablo para atraerlo a la casa. Pero no quiso interrumpir a la locuaz posadera.

—Después, Stella pegó fuego a la casa, con todo lo que contenía... y murió abrasada. Pero se aparece de cuando en cuando a los viajeros extraviados y les da hospitalidad y se ofrece a ellos impúdicamente. Ese es su pacto con el diablo; poder amar cuando se le antoje.

—Saliendo de su tumba, claro.

—Sí, señor Ackers. ¿Ha estado usted con Stella? Ackers vaciló un instante.

—Quizá sólo he sufrido una pesadilla, debido a la mojadura que padecí —contestó—. Pero, al despertarme, no había tal casa, sino unas ruinas.

—Es todo lo que queda, apenas rastros de muros. Al quedarse la casa quemada y la propiedad sin dueño, la gente empezó a llevarse piedras para construir sus propias casas, ya que todo lo demás se había quemado.

El joven hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, tuvo que ser un sueño —murmuró—. Y las ropas se me han secado por el camino... —Esbozó una sonrisa—. Con su permiso, voy a asearme .un poco.

—Cuando termine, estará listo el desayuno, señor Ackers —anunció Georgia.

Mientras se bañaba, Ackers trató de recordar todos y cada uno de los momentos pasados en Derwent House. Tenía la plena seguridad de que lo sucedido no había sido un sueño, sino algo muy real, deliciosamente real...

La suave piel de Stella, el ardor que había demostrado, los cálidos besos... ¿Por qué se le había entregado a él, a un completo desconocido y, además, en la noche del primer encuentro?

¿Qué tenía que ver el diablo con todo aquello?

La casa existía y Stella era una persona de carne y hueso. Pero luego, de alguna forma que no podía recordar, le habían llevado a las ruinas, junto con la cama desvencijada.

¿Había sido narcotizado?

Al despertarse, sentía la boca un tanto espesa, con residuos de un extraño sabor. Stella había permanecido largas horas en la habitación. En determinado momento, habían tomado unas copas de vino. Quizá, la última copa, contenía el narcótico...

Cuando descendió al comedor de la posada, se había hecho un firme propósito. Aún tenía por delante cuatro días de vacaciones. Los dedicaría a buscar Derwent House.

* * *

Los esfuerzos de Ackers resultaron completamente estériles. A pesar de que recorrió el bosque en su totalidad, o al menos, así lo creía él, no pudo dar con Derwent House, la mansión donde moraba una hermosa mujer que, merced a un pacto con el diablo, podía revivir de cuando en cuando, para entregarse a los goces del amor con un hombre. Sólo pudo encontrar las ruinas, con la cama podrida y la silla, ya caída en el suelo, seguramente por algún golpe de viento. Y así, frustrado y despechado, pero también con el agridulce recuerdo de los besos de Stella, emprendió el regreso a Londres. .

Se había repuesto en lo físico, pero su mente estaba un tanto trastornada por algo que había sucedido y para lo que no encontraba la debida justificación.

Sin embargo, Ackers se formuló el propósito de aclarar un día aquel enigma. Tarde o temprano, se dijo, acabaría por encontrar de nuevo Derwent House y a su encantadora dueña.

* * *

El hombre llegó a la puerta de la casa, resoplando y sudando a causa de un ejercicio al que no estaba acostumbrado, y golpeó la puerta con el llamador de hierro. Al cabo de unos momentos, Karlo apareció en el umbral.

—Soy Eppherd —dijo el recién llegado—. Me envía «Doble X».

—Entre, señor Eppherd —invitó Karlo—. Le estábamos esperando.

El hombre sacó un pañuelo y se limpió el abundante sudor que corría su frente.

—Estoy derrengado... ¿Por qué diablos no he podido utilizar el coche? —gruñó.

—Son las condiciones —respondió Karlo, con voz inexpresiva—. ¿Me permite su maleta?

Eppherd la retiró hacia atrás, para evitar que Karlo pudiera cogérsela.

—No se moleste —dijo—. Yo cuidaré del equipaje. Ahora, enséñeme mi dormitorio.

—Como quiera, señor Eppherd. Tenga la bondad de seguirme...

Karlo y el recién llegado subieron al primer piso. Karlo abrió una puerta.

—Si desea algo, no tiene más que tirar del cordón de la campanilla —dijo.

—Gracias. ¿A qué hora se llena el buche en esta casa?

—A las doce serviré el almuerzo en el comedor de la planta baja, señor.

—Muy bien, pero, para un hombre como yo, la comida no basta solamente.

—Hay bebidas de todas clases, señor...

—Me lo figuraba. Yo hablaba de alguna chiquilla bien contorneada y complaciente... Vamos, usted ya me entiende, amigo.

—Lo siento, señor; en las condiciones que aceptó al pedir hospitalidad en esta casa, figuraba la ausencia total de mujeres. Si no está conforme, no tiene más que dar media vuelta y marcharse.

—¡Diablos, no! —barbotó Eppherd, a la vez que sentía un escalofrío. Si se marchaba, la Policía acabaría echándole el guante y un severo juez le apedrearía con un montón de años: de condena... tal vez lo encerrarían de por vida y ése era un panorama que no le gustaba en absoluto.

Maquinalmente, acarició la maleta, a la vez que una sonrisa brotaba de sus labios. Puso la maleta sobre la cama y la abrió. La tapa tenía una falsa contratapa, hábilmente construida, que separó mediante la presión ejercida en dos resortes laterales. Un agradable panorama de billetes de Banco, de buenas y excelentes libras esterlinas, perfectamente empaquetados y alineados, apareció ante su vista.

Rozó los billetes con la yema de los dedos. Tendría que pasar una temporada en la casa, hasta que el asunto se hubiese «enfriado» y la persona que le había proporcionado aquel escondite, le proporcionase también los medios para abandonar el país. Había tenido que pagar un precio muy caro por los «servicios» contratados, pero ello era preferible a pasarse en la cárcel el resto de sus días.

Puso la contratapa en su sitio y sacó ropa para cambiarse. Al terminar, se acercó a la ventana y contempló el bosque espeso, impenetrable, que se extendía en todas direcciones. Había necesitado un guía para llegar hasta allí; de lo contrario, se habría extraviado. Confió en la discreción del guía; claro que podía contar con su silencio, puesto que había sido proporcionado por el hombre que se ocultaba bajo el seudónimo de «Doble X».

En una de las mesitas vio whisky. Se sirvió un buen trago y lo saboreó satisfecho, mientras disfrutaba del excelente habano que había encendido.

A las once y media descendió a la planta baja. La casa estaba sumida en un silencio total. Abrió una puerta y divisó un gran salón. Eppherd se preguntó si habría una biblioteca con libros para entretener el ocio durante su estancia en la casa. De pronto, oyó una voz a su espalda.

—Si lo desea, le acompañaré al comedor íntimo, para servirle el almuerzo, señor. Eppherd sufrió una fuerte sacudida y se volvió en el acto.

—Karlo, no me dé estos sustos —se quejó. El criado hizo una ligera reverencia.

—Lo siento, señor —se disculpó—. Por aquí, tenga la bondad...

Eppherd caminó detrás del criado, quien le condujo a una pequeña habitación, sobriamente amueblada. De pronto, Eppherd reparó en algo que llamó poderosamente su atención.

—¿Qué es esto? —preguntó, a la vez que se acercaba a la pared más

cercana.

—Oh, señor, no tiene la menor importancia...

—Vamos, Karlo, explíquemelo. ¿No será un secreto de la casa, eh?

—En esta casa no hay secretos para sus huéspedes, señor. Esa llave de piedra acciona la entrada a una habitación oculta.

—¿Algún escondite?

—En tiempos, sí; ahora ya no se utiliza para nada.

Eppherd volvió a examinar la llave, enorme, de piedra artísticamente labrada y que parecía formar parte de la decoración del muro. De pronto, obedeciendo a un impulso repentino, agarró la llave y la hizo girar.

El suelo se abrió bruscamente bajo sus pies. Eppherd, lanzó un grito desgarrador al sentirse precipitado en un negro abismo. Tres metros más abajo, sus pies chocaron contra un saliente y volteó. Así, dando vueltas enloquecidamente, continuó el descenso, hasta chocar con algo muy duro, que le hizo sumirse para siempre en las tinieblas.

Arriba, en el comedor intimo, el suelo volvió a recobrar su aspecto normal. Karlo simuló limpiarse de las manes un polvo inexistente y, tras abandonar la pieza, subió al dormitorio que había sido asignado al huésped.

La maleta estaba aún sobre la cama. Karlo la registró; minuciosamente. Una exclamación de cólera brotó de sus labios. ¿Le habrían engañado?, se preguntó.

Iba a cerrarla de nuevo, porque tenía que destruirla, junto con todo su contenido, cuando, de pronto, reparó en que la tapa parecía pesar más de lo corriente. Una sonrisa distendió sus labios.

Sacó una navaja y empezó a tantear la contratapa. De pronto, oyó un chasquido. La contratapa giró a un lado y los billetes quedaron al descubierto.

Durante unos momentos, Karlo, extático, contempló la fortuna que había en aquel escondite. De cuando en cuando, paseaba la mano por los billetes, nuevos, crujientes, tentadores...

Luego, de pronto, empezó a actuar. Había que buscar un escondite mejor para el dinero y era preciso destruir todas las ropas, todo cuanto pudiera dejar un rastro de la presencia de Eppherd por la casa.

CAPITULO III

La mujer era alta, de formas arrogantes, y había dejado atrás los treinta años, pero resultaba espectacularmente atractiva. Estaba contemplando las pieles que se exhibían en un escaparate y Paul Ackers se detuvo para mirarla.

Al cabo de unos segundos, la mujer pareció darse cuenta de la curiosidad de que era objeto y se volvió. Entonces, Ackers chasqueó los dedos.

—Sandra Walter —dijo.

—¿Paul Ackers?

—El mismo. —Dos manos se encontraron en un cálido apretón—. ¿Cuántos años hace que no nos vemos, Sandra?

La mujer rió suavemente.

—Paul, no hagas nunca una pregunta semejante a una mujer mayor que tú.

Indirectamente, puedes saber su verdadera edad...

Ackers la miró de arriba abajo.

—Me imagino tu edad, pero tengo el presentimiento de que, para ti, se ha detenido el tiempo —dijo—. Sí, recuerdo que hace doce años, al menos, que no nos vemos... y estás absolutamente igual que entonces. Incluso más joven, diría yo.

—Me halagas, Paul...

—Es la pura verdad. Pareces una chiquilla, Sandra. Ella puso una mano sobre su brazo.

—Hace doce años, tú eras un adolescente que vivía en la vecindad y yo tenía diez años más que tú. La diferencia subsiste,

—Sólo en el calendario, no en la apariencia personal.

—Se nota que has aprendido con el paso de los años; sabes cómo halagar a las mujeres —rió ella nuevamente. Hizo aletear sus espesas pestañas—. Entonces, me devorabas con la vista...

—Y envidiaba a tu esposo. Naturalmente, sigo envidiándolo...

—No. No envidies nunca a los difuntos.

—Ah, murió... Lo siento de veras, Sandra.

—Gracias, pero ya he olvidado el choque que ello me produjo. ¿Qué haces ahora?

—Trabajo. Tengo un buen empleo —contestó Ackers. Sandra le miró críticamente.

—Hace doce años, eras un chico alto, delgado, con la cara llena de granos y sin pelos en la cara. Ahora eres todo un hombre.

—El tiempo cura los granos de la adolescencia y hace brotar el vello de la barba. Son defectos que tienen siempre remedio. Sandra, ¿puedo invitarte a una copa?

—Yo volvía a mi casa. ¿Por qué no me acompañas? Es decir, si no tienes nada que hacer...

—Acompañarte es lo mejor que podría hacer en estos momentos —declaró

él ardorosamente.

El apartamento de Sandra, observó Ackers, estaba puesto con mucho gusto y mostraba a las claras el elevado nivel de vida de su dueña. Sandra le dejó solo unos momentos, mientras se cambiaba de ropa. Había un par de cuadros de interés y Ackers los contempló durante unos minutos. De pronto, reparó en algo que le intrigó notablemente.

Era una enorme vela verde, sobre un candelabro de un solo pie, de madera tallada y pintada de oro, con extraños dibujos en la caña. En la vela, que no medía menos de treinta centímetros de largo, por diez o doce de grueso, había asimismo unas raras inscripciones, realizadas en un lenguaje escrito que se sintió incapaz de descifrar.

Sandra apareció en aquel momento. Vio al joven contemplando el cirio y se echó a reír.

—¿Te gusta? Ackers se volvió.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó—. Es terriblemente decorativo... y hasta con cierto aire siniestro...

—Lo compré en una tienda de brujería. Ackers respingó.

—¡Sandra!

—No te rías —dijo ella, a la vez que empezaba a poner whisky en dos vasos—. En esa tienda se venden filtros mágicos, objetos relacionados con el culto al diablo, conjuros, fórmulas, amuletos... Yo vi la vela con el candelabro y me gustó para la decoración de mi apartamento. Eso es todo, aunque el dueño de la tienda me dijo que las inscripciones que hay en el cuerpo de la vela, y que me dio reproducidas en un pergamino, sirven para llamar al diablo y pedirle juventud y fortuna. Naturalmente, no hice caso de la parte supersticiosa, pero la vela me gusta. ¿A ti no?

Ackers hizo un gesto de asentimiento. Sandra decía que no era supersticiosa, pero, en tal caso, ¿por qué había encendido la vela, cosa que se advertía sin el menor esfuerzo?

Bueno, tal vez un día se había producido un apagón y había tenido necesidad de utilizarla, pensó. Levantó el vaso y sonrió.

—Por nuestro encuentro —dijo.

—Un suceso muy agradable —calificó Sandra.

La tenía muy cerca de sí. Ella se había puesto una especie de bata, debajo de la cual debía de llevar muy poca ropa. Los senos resaltaban, firmes y poderosos, bajo la tela. Ackers estudió detenidamente el rostro de la mujer. Si tenía diez años más que él, rozaba ya la cuarentena y, por muchos esfuerzos que hiciera, deberían verse algunas minúsculas arruguitas en las comisuras de los ojos. Pero la cara de Sandra estaba tersa y lozana, como la de una chica de veinte años, y no se advertían en ella señales de una operación de cirugía estética, para eliminar arrugas y alisar la piel.

—Tienes que darme la dirección de esa tienda. Quizá compre otra vela —dijo.

—Para tu apartamento de soltero, supongo.

—Claro.

—En el cual, me imagino, de cuando en cuando, recibirás visitas interesantes...

—Ninguna sería tan interesante como la tuya, Sandra. Ella entornó los ojos.

—¿Hablas en serio, Paul? Ackers dejó el vaso a un lado.

—Me gustaría demostrarte la clase de recibimiento que te haría si fueses a visitarme en mi apartamento de soltero —dijo.

—¿Cómo lo harías? —preguntó ella.

—Así —respondió Ackers, a la vez que rodeaba con los brazos la esbelta cintura femenina.

* * *

Ackers se sentó en la cama, alargó una mano y cogió un cigarrillo, que encendió lentamente. A su lado, Sandra, elevó los brazos y los puso bajo la cabeza. Los senos se irguieron, redondos, firmes, retadores. Ella sonreía y Ackers sabía que se sentía orgullosa de su hermosura física.

Después de encender el cigarrillo, fue a ponérselo a ella en los labios, pero Sandra rechazó con un leve movimiento de cabeza. A Ackers le parecía mentira que una mujer como Sandra pudiese tener no sólo el rostro, sino la figura de una muchacha de dieciocho o veinte años. Pero la experiencia amorosa no era precisamente la de una adolescente.

—De modo que esto es lo que me habría sucedido de haber ido a tu apartamento de soltero —dijo ella al cabo de unos momentos.

—¿Lo lamentas?

—Al menos, he satisfecho mi curiosidad.

—Agradable, supongo. Sandra emitió una risita.

—Eres un chico encantador —dijo,

—Eh, que ya he crecido y no tengo granos en la cara y me afeito a diario —protestó él.

—Bueno, yo lo decía como elogio...

Ackers dejó el cigarrillo a un lado, se inclinó y rozo con los labios uno de los rosados vértices que remataba una perfecta semiesfera. Sandra se estremeció ligeramente.

—Paul, no seas malo —murmuró.

—Cuando recibo una visita en mí apartamento de soltero, me gusta que pase una velada agradable. En estos momentos, me parece estar en mi propia casa...

Insistió en las caricias. Sandra le puso una mano en la nuca.

—¿Cuántas visitas recibes al cabo del año? —preguntó.

—No lo sé, no llevo la cuenta... —de pronto, Ackers se irguió un poco y soltó una alegre carcajada—. La verdad es que eso sucede muy raramente —añadió.

—Pero ha sucedido alguna vez.

—Mujer, ¿cómo negar lo que es cierto?

Volvió a inclinarse. De pronto, buscó los ardientes labios de la mujer y Sandra correspondió con sensual frenesí.

Más tarde, agotados, se durmieron.

Había pasado un largo rato cuando, de pronto, sin saber por qué, Paul despertó en la oscuridad. Al tantear con la mano a su derecha, halló que el sitio de Sandra estaba vacío.

Entonces, se dio cuenta de que no había oscuridad, sino penumbra. Algo de luz llegaba a través de la puerta entreabierta. Junto con el resplandor, se percibía una extraña salmodia, un monótono canturreo, que parecía brotar de los labios de una mujer extranjera.

Atraído por la curiosidad, Ackers abandonó el lecho y, descalzo, se acercó a la puerta. Abrió un poco más y entonces contempló la más fantástica escena que jamás habría imaginado poder presenciar algún día.

Sandra estaba sentada en el suelo, completamente desnuda, con las caderas apoyadas en los talones y las manos en las rodillas. Su cuerpo se balanceaba rítmicamente, adelante y atrás, y los cabellos caían sueltos a lo largo de su espalda.

La vela estaba encendida y desprendía un olor extraño, penetrante, dulzón, junto con un humo espeso, en el que se veían irisaciones que aparecían y desaparecían con singular rapidez.

Frente a Sandra, en el suelo, sujeto al parquet con, cuatro clavitos de oro, había un pergamino, en el que se veía una inscripción en letras góticas. Era, sin duda, la traducción de los signos grabados en el cuerpo de la vela, que Sandra recitaba con lentitud, articulando claramente cada una de las palabras, aunque en tono muy; bajo.

Ackers se sintió horrorizado. Aquella mujer, se dijo, invocaba al demonio. Le había dicho que eran supersticiones, pero ahora demostraba todo lo contrario. Sandra le pedía juventud, hermosura y fortuna. Todo lo que podía desear una mujer, pensó.

De repente, el humo pareció enroscarse en espiral y descender hacia abajo, hasta llegar frente a las rodillas de Sandra. Durante unos segundos, Ackers creyó ver una figura infernal, de aspecto horripilante, insoportable de contemplar, imposible de describir con palabras. Creyó asimismo oír una voz que parecía surgida de las entrañas de la Tierra, pero, casi en el acto, sintió que todo le daba vueltas.

Cuando despertó, estaba en el lecho. Sandra dormía apaciblemente a su lado. En silencio, se levantó y fue al salón.

El pergamino había desaparecido. El candelabro estaba en su sitio. Ackers se acercó. La altura de la vela había descendido, por lo menos, un par de centímetros. Lo recordaba muy bien, porque uno de los signos que le resultaban indescifrables, estaba cortado por la mitad. Faltaba la parte superior.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Luego se le ocurrió una idea.

La pondría en práctica, se propuso, mientras caminaba al cuarto de baño, en donde una buena ducha de agua fría le hizo reaccionar. El humo de la vela contenía sustancias narcóticas. Era una nueva forma de drogarse.

Habría que hacer algo al respecto, decidió, mientras se secaba.

Desayunaron juntos. Sandra ofrecía un aspecto normal, algo más pálida y con unas leves ojeras, pero parecía fresca y radiante. Ackers sabía que en las primeras horas de la mañana era cuando se apreciaba la verdadera edad de una mujer, pero Sandra, que no había estado en el baño sino breves minutos y que, por lo tanto, no había tenido tiempo de maquillarse, aparecía ahora como una muchacha de veinte o veintidós años.

Por un segundo, Ackers pensó que, realmente, Sandra había establecido un pacto con el diablo. Pero desechó la idea de inmediato. Era una mujer que sabía cuidarse y, además, tenía la buena suerte de mantener su aspecto físico. No, no había nada mágico.

Tras el desayuno, Ackers .anunció su despedida.

—Me gustaría conocer un día tu apartamento de soltero —dijo Sandra un tanto maliciosamente.

—No tienes más que llamarme por teléfono un día y te prepararé una recepción, como no se la haría a la mismísima reina —contestó él con jovial acento.

—No olvidaré tu ofrecimiento, Paul.

Ackers besó a Sandra en una mejilla y salió a la calle. Hacía un día radiante y sólo de pensar en que tenía que volver a su trabajo le hizo sentirse casi enfermo. Pero acudió a la oficina, en donde uno de sus compañeros le dijo que el jefe tenía que comunicarle algo importante. Sin embargo, el jefe había salido. Llamó más tarde y dijo que no regresaría durante el resto del día.

Luego pidió que le pusieran en comunicación con Ackers. El joven cogió el teléfono.

—¿Jefe?

—Tenía que haberle hablado esta mañana, pero me he dado cuenta de que me faltan ciertos datos de importancia. Mañana, a las nueve en punto, en mi despacho.

—Sí, señor. ¿Algo nuevo?

—Lo sabrá cuando nos veamos, Paul.

—Bien, señor. Supongo, en tal caso, que hoy puedo tomarme el día libre.

—Desde luego, aunque mañana debe estar preparado, para salir de viaje inmediatamente, si es necesario. Buenos días, Paul.

—Buenos días, jefe.

Ackers dejó el teléfono pensativamente. El jefe, pensó, quería sacarle el jugo a las vacaciones que, a regañadientes, le había concedido un par de semanas antes. En ciertos aspectos, era un tirano y si había accedido a permitirle el descanso, era porque sabía que Ackers se lo habría tomado de todos modos, ya que lo necesitaba perentoriamente.

—Me está exprimiendo como un limón —rezongó. Pero, realmente, no

debía quejarse, porque él había elegido la profesión y, hasta llegar al puesto que ocupaba, había podido aprender de sobra que en aquel oficio no había noches ni días, ni sol ni mal tiempo cuando era preciso trabajar de firme.

Dejó la oficina y se encaminó a la tienda donde Sandra había comprado el extraño cirio. Desde la acera pudo leer un rótulo altamente sugeridor; SATAN'S STORE.

—«La tienda de Satanás» —murmuró, a la vez que empujaba la puerta acristalada con vidrios translúcidos, lo mismo que el escaparate.

CAPITULO IV

Había unos cuantos lagartos, cocodrilos y murciélagos disecados, colgados de las paredes. Pendientes del techo, por finos alambres, se veían varias serpientes, que parecían estar vivas todavía. En un estante, se alineaban viejos volúmenes, encuadernados en piel, con herrajes oxidados, cuyas páginas, calculó, serían de pergamino.

En otro estante, había una gran variedad de botes semejantes a los antiguos de la farmacopea. Ackers leyó una serie de rótulos estremecedores: GRASA DE SAPO DISECADA, POLVO DE SANGRE DE SERPIENTE, HÍGADO DE PERRO MUERTO EN PLENILUNIO, POLVO DE CUERNOS DE MACHO CABRIO, POLVO DE PEZUÑAS DE MACHO CABRIO, SANGRE DE LAGARTO DISECADA... Ackers hizo una mueca de desagrado ante la nauseabunda farmacopea.

—Y pensar que hay gente chiflada que compra estas cosas —murmuró.

También pudo ver una cantidad de amuletos de todas clases, con las figuras más disparatadas, y, por supuesto, varios candelabros de un solo pie, con su vela de treinta y cinco centímetros, análoga a la de Sandra. Cada candelabro tenía atado por una cinta verde, un pergamino que contenía la traducción de las inscripciones del cirio. La cinta estaba sellada por un enorme lacre rojo.

En la tienda no había nadie. Ackers encendió un cigarrillo. Había una cosa que desentonaba aparatosamente en aquel diabólico escenario: la caja registradora, de un modernismo rabioso. Súbitamente, se abrió una puertecita situada al otro lado del pequeño mostrador y una joven apareció a la vista.

A Ackers se le cayó el cigarrillo instantáneamente. No, no era posible, todavía le duraba el influjo del humo drogado que había aspirado durante la noche.

—Stella Derwent —murmuró. Ella le miró con curiosidad.

—¿Me conoce? —preguntó.

—¿Y todavía lo duda?

Stella aparecía encantadora, ataviada con una bata blanca, corta, pulóver azul oscuro y el pelo recogido en un alto moño, de modo que su esbelto cuello quedaba completamente al descubierto. Bajo la bata se adivinaban los firmes y cálidos senos que él tanto había acariciado en una noche inolvidable.

Ackers pensó que quizá la muchacha no quería dar a entender que se conocían. Sin embargo, decidió insistir.

—Usted tiene una casa cerca de Bershley Village —dijo—. El nombre es Derwent House...

Stella sonrió.

—No sé cómo ha llegado a saberlo, pero así es, señor... ¿Cómo es su nombre?

—Paul Ackers. Yo he pasado una noche en su casa... Stella se echó a reír.

—Tiene usted un humor excelente, señor Ackers —manifestó—. La casa existió, en efecto, pero se quemó hace casi doscientos años. Sólo quedan los restos de algunos de los muros y el solar... Parte del bosque, en efecto, es mío, pero no me produce ninguna renta. El gobierno lo calificó como parque natural y lo único que he conseguido es la exención de impuesto. Pero no puedo cortar de allí una sola rama, ni siquiera para hacerme mondadientes.

Ackers se quedó rígido. ¿Cómo era posible, se dijo, que Stella negase tan rotundamente lo que había sucedido.

—La casa, en efecto, tiene una leyenda —continuó la muchacha—. Si pasó por allí y le habían relatado esa leyenda, quizá sufrió una pesadilla y ahora le parece que lo ocurrido fue realidad.

El joven no quiso insistir.

—Es posible que sea así —fingió admitir—. La leyenda me fue narrada por la posadera de Bershley Village y quizá me sugestionó más de lo que esperaba.

«Pero no se ha mostrado demasiado impresionada cuando la he reconocido. Probablemente, no quiere franquearse conmigo, y es lógico, después de lo sucedido», pensó.

—¿Puedo servirle en algo? —consultó la muchacha.

—Desearía uno de esos candelabros —solicitó Ackers—. Abonaré su importe y... ¿Pueden enviármelo a casa?

—Desde luego.

La operación estuvo realizada en pocos momentos. Ackers abonó la factura y dejó una tarjeta de visita con su dirección. En aquel momento, entró un hombre.

Era de mediana edad, alto, delgado y de nariz ganchuda. Tenía muy poco pelo en la cabeza y daba la sensación de ser bastante nervioso.

—Ah, señor Bolt —dijo Stella—: Acabo de vender otro de sus candelabros... El señor Ackers está muy interesado en un objeto tan decorativo.

—Sí, realmente es bonito —convino el recién llegado. Tendió la mano al joven—. Reid Bolt, gerente de Satan's Store —se presentó. Soltó una risita—. Un nombre muy adecuado a la mercancía que vendemos, ¿no?

—En estos tiempos, se vende todo lo que tenga un mínimo de originalidad, señor Bolt —respondió Ackers.

—Muy cierto. Pero si la gente está chiflada y tiene dinero, ¿por qué no aprovecharse un poco de ese dinero quejes sobra a unos cuantos? Puede que usted considere que es un razonamiento cínico, pero también se venden vestidos disparatados, botas de horrenda hechura, discos con ruidos que algunos llaman música... En fin, no quiero seguir molestándole más, señor Ackers. Dispense, pero tengo algo de trabajo...

Bolt se metió en la trastienda. Ackers y Stella quedaron a solas.

—Hoy mismo le enviarán el candelabro —prometió la joven.

—Gracias, señorita Derwent.

* * *

Estaba relajándose con la lectura de una novela policíaca, sobre todo, porque se divertía mucho con las peripecias por las que pasaba el protagonista. «Si yo estuviera en su lugar, los bandidos habrían acabado conmigo en el primer asalto», pensó, en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

Dejó la novela a un lado, se levantó y abrió. Parpadeó de asombro al ver a Stella parada en pie ante el umbral.

El candelabro estaba a su lado. Stella sonreía ligeramente.

—Su compra, señor —anunció.

—Permítame, yo lo entraré...

El candelabro era de madera maciza y pesaba más de lo que aparentaba. Ackers lo izó a pulso y ya iba a meterlo en el apartamento, cuando se dio cuenta de que Stella continuaba en el mismo sitio,

—¿No quiere entrar?—invitó.

—No me atrevía a pedírselo..,

—Oh, qué tontería. Pase, se lo ruego. Ackers dejó el candelabro en un rincón.

—Me aceptará una taza de té —invitó.

—Se lo agradeceré, señor Ackers.

—Llámeme Paul, se lo ruego.

Ackers se marchó, para regresar minutos más tarde, con una bandeja en las manos.

Stella dijo que ella serviría el té. Mientras llenaba las tazas, dijo:

—Usted es soltero, Paul.

—Y no tengo ningún compromiso por el momento.

—Ya. Por favor, dígame, ¿cómo se le ocurrió comprar el candelabro?

—Lo vi en casa de una conocida. Me pareció que podía ser un buen motivo de decoración. Le pedí las señas de la tienda donde ella había comprado el suyo y...

—¿Por nada más, Paul? Hubo un instante de silencio.

—¿Qué sabe usted de la composición ele las velas? —preguntó él.

—Bolt las fabrica personalmente, con unos ingredientes que sólo él conoce. Los moldes hacen que las inscripciones aparezcan en relieve, una vez se solidifica la vela fundida. En cuanto a los candelabros, se los hacen en un taller donde se falsifican antigüedades. Los pergaminos que contienen la supuesta traducción de esa fórmula mágica, están realizados por un dibujante amigo del señor Bolt. Eso es todo lo que puedo decirle, Paul.

—Yo creo que puede decirme mucho más. Tengo la sensación de que esta mañana no quería ser muy explícita. ¿Acaso esperaba la llegada del gerente?

Ella asintió, bastante nerviosa.

—Sí. En aquellos momentos, compréndalo, no podía hablar.

—¿Y ahora?

—¿Tiene prisa, Paul?

—Ninguna, Stella.

El pecho de la joven se dilató durante un instante y las curvas de sus senos jóvenes resaltaron agradablemente. Stella suspiró.

—Es cierto. Usted estuvo en Derwent House —dijo al cabo.

—Luego, la casa es... real.

—Sí.

Ackers sonrió satisfecho. Al menos, parte de lo que le había sucedido no era una pesadilla.

—Stella, presiento que se encuentra en una difícil situación —dijo—. ¿Me equivoco? Ella hizo un gesto afirmativo.

—Tengo a mi padre en la cárcel, cumpliendo una severa condena por estafa. El es inocente, pero los documentos que se presentaron en el juicio prueban su culpabilidad. Sin embargo, son pruebas amañadas.

—Y no hay forma de demostrar lo contrario.

—Hace dos años, me prometieron mostrar las pruebas auténticas, con lo que mi padre logrará la revisión del juicio y quedará libre.

—¿Tiene eso algo que ver con la situación de Derwent House? Stella asintió.

—Me vi obligada a ceder la casa, aunque ignoro los fines a que se destina. El hombre que me lo pidió, prometió sacar a mi padre de la cárcel a los dos años, aproximadamente. Teniendo en cuenta que le condenaron a quince años, es fácil de comprender que tuviera que acceder a lo que me pedían.

—Y no tiene a quien confiarse...

—No —contestó Stella con voz apagada.,

—¿Quién le hace chantaje?

—Sólo le he visto en una ocasión, en una habitación en penumbra, y tenía la cara cubierta. Me enseñó los documentos auténticos y dijo que los presentaría ante un tribunal de revisión al cabo de un año.

—Bien, en Bershley Village me dijeron que de la casa no existía sino ruinas. ¿Cómo se explica usted que la casa sea algo real y tangible?

—Es muy sencillo. Hace años, mi padre, en buena situación económica, decidió que levantar de nuevo Derwent House, era una magnífica idea, sobre todo, teniendo en cuenta el paraje en que se encuentra. Pero los arquitectos que hicieron los estudios del terreno, le aconsejaron que variase el emplazamiento del edificio, debido a la falta de un manantial que sí había a unos mil quinientos metros del lugar donde la casa estuvo primitivamente. Además, el sitio actual es mucho más bonito...

—Comprendo. Dado el relativo aislamiento de la casa, el aprovisionamiento de agua es imprescindible, sobre todo teniendo en cuenta que hace doscientos años, lord y lady Derwent disponían de numerosos criados que solucionaban ese problema.

—Exacto. Bien, la casa se construyó, de acuerdo con los planos primitivos,

aunque con instalaciones modernas. Y apenas dos años más tarde, mi padre sufrió graves quebrantos económicos, lo que alguien aprovechó para conseguir algunos cientos de miles de libras a su costa.

—Voy entendiendo —dijo Ackers—. ¿Qué puedo hacer por usted? Stella se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Me encuentro desorientada...

—Pero usted estaba en la casa hace un par de semanas.

—El desconocido me ordenó ir allí. Yo me marché dos días después que usted.

—Dígame una cosa, Stella. Karlo, ¿era sirviente de su padre?

—No. Cuando fui a Derwent House, por primera vez desde el encarcelamiento de mi padre, Karlo ya estaba allí. El desconocido me anunció su presencia por teléfono y me dijo que debía acatar todas las indicaciones que me diera.

—Hay otra cosa que me resulta incomprensible. ¿Por qué trabaja como simple dependienta en Satan's Store?

—Es otra imposición del desconocido. Tuve que aceptarla, porque, además, necesitaba un salario para subsistir.

—Ya. —Ackers se acarició el mentón con la mano—. ¿Qué puede decirme de Reid Bolt?

—Es un hombre muy amable y cortés, que me trata con mucha consideración.

—¿Le ha mencionado usted el chantaje de que es objeto?

—El desconocido me lo prohibió severamente. Tengo que hacer lo que me mandan, compréndalo...

—Bolt es el gerente. ¿Cree que el desconocido es el propietario de Satan's Store?

—Tal vez. Yo no he visto nunca al dueño de la tienda, aunque sé que el señor Bolt habla con él de cuando en cuando. Sin embargo, nunca he podido captar un detalle que me permita adivinar su identidad,

—He visto un teléfono en la tienda...

—Hay otro en el despacho, con un número distinto; no es un supletorio —explicó Stella—. Y cada vez que el señor Bolt tiene que hablar con el dueño, se encierra con llave.

Ackers meditó un segundo.

—Stella, yo le entregaré mañana un aparatito, con el que podrá escuchar lo que se dice en ese despacho. Ya le diré la forma de utilizarlo...

—¿Resultará peligroso? —preguntó ella, aprensiva.

—No, en absoluto, si lo utiliza tal como yo se lo diga. Venga a mi casa mañana, a estas horas; no quiero volver por la tienda, para evitar sospechas. ¿Entendido?

El rostro de la joven se iluminó.

—Ahora me siento mucho mejor —confesó.

—Lo celebro infinito —sonrió Ackers.

Por un instante, Ackers rememoró la noche pasada en Derwent House. ¿Cómo era posible que Stella no mencionase nada sobre el particular? ¿Acaso había hecho algo que no quería recordar?

Lo mejor era ganarse su confianza. Un día podrían hablar sin reservas y comentarían lo sucedido.

Ella se puso en pie y tomó el bolso.

—He de marcharme —manifestó. Ackers contempló el candelabro.

—Pesa mucho —observó—. ¿Lo ha subido usted personalmente?

—Oh, no, alquilé un taxi y el conductor lo trajo hasta su apartamento.

—Entonces, permítame que le abone el importe del viaje y de la propina... Stella levantó la mano.

—Por favor —rogó—. Lo traje yo personalmente, porque presentía que en esta casa empezaría a encontrar la solución para mi problema.

—Eso espero —respondió Ackers.

«Y también espero que todo lo que me ha dicho sea cierto y no se trate de una historia lacrimógena», pensó al quedarse solo en la casa.

CAPITULO V

Dormía profundamente y le pareció que atravesaba el humo de una hoguera colosal que, sin embargo, no le quemaba. El humo era muy intenso y se sofocaba en ocasiones, pero seguía andando, andando, caminando sin cesar, a lo largo de un camino liso, sin accidentes, cuyos bordes se juntaban en el horizonte, a una distancia infinita. El horizonte se alejaba a cada paso que daba y parecía que no lo iba a alcanzar nunca.

De cuando en cuando, espesas volutas de humo denso y de un extraño olor dulzón, agradable y repelente a un tiempo, te ocultaban la línea del horizonte. Y él seguía caminando, un pie tras otro, andando sin pararse...

De súbito, el camino terminó.

Ackers miró hacia abajo. En el borde del camino se iniciaba un precipicio .de paredes verticales, en cuyo fondo se veían las espejeantes aguas de un hermoso lago. Las aguas, aunque reflejaban la luz de las estrellas, tenían un color negro intensísimo.

A veces, la superficie del lago quedaba oculta por los chorros de humo. Ackers sintió un calor espantoso. Abajo, en el lago, podría refrescarse. Nadaría horas y horas...

De repente, una ráfaga de aire frío y cargado de humedad, le dio en pleno rostro y alejó las nubes de humo denso y dulzón. En una fracción de segundo, Ackers vio que el lago negro no era sino el asfalto de la calle, mojado por la lluvia que caía, y que los reflejos de las estrellas eran los de los faroles del alumbrado público.

Retrocedió un paso, aterrado. Vagamente, divisó la luz amarillenta del cirio. Tambaleándose como un beodo, fue al candelabro y sopló con todas sus fuerzas, hasta apagarla vela. Luego, a trompicones, caminó hasta el baño y metió la cabeza bajo el grifo del lavabo.

La frialdad del líquido terminó de despejarle. Para recuperarse por completo, fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. Luego volvió a la sala.

La ventana que daba a la calle estaba todavía abierta de par en par. El olor de la cera quemada se desvanecía con rapidez. Ackers se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Siete pisos, se estremeció.

—Ahora podía estar muerto... —murmuró, mientras se acercaba a la vela verde. Debía de haber ardido mucho rato, porque había perdido más de tres centímetros de su longitud total. Ello, por tanto, había provocado que el humo se extendiese por los menores rincones del apartamento.

Bajó la vista y contempló el parquet. Las líneas de la madera le habían parecido las que se juntaban en el horizonte en que acababa aquel camino liso. ¿Quién y por qué había provocado una alucinación en su mente, que había estado a punto de acabar con su vida.

—Habrían dictaminado suicidio y...

Cerró la ventana y volvió a la cocina. Un par de tazas de café bien cargado,

acabaron de ponerle como nuevo. Terminaría de pasar la noche en vela, pero valía la pena quedarse despierto.

Quizá alguien vendría a llevarse la vela, para eliminar la prueba de un suicidio que, en realidad, hubiera sido un asesinato. Sin embargo, nadie volvió a entrar subrepticiamente en el apartamento.

—Es posible que se dieran cuenta de que yo había recobrado el conocimiento y no quieran comprometerse —supuso, mientras empezaba a vestirse.

Cuando se disponía a salir, lanzó una mirada a la vela, con el ceño fruncido. Estuvo así unos momentos y, de pronto, buscó una bolsa de lona de tipo deportivo. Sacó el cirio del candelabro, lo envolvió con todo cuidado, y después de introducirlo en la bolsa, salió de casa.

El inspector Jeffries encendió su pipa y, tras comprobar que tiraba satisfactoriamente, se reclinó en el respaldo de su sillón.

—Paul, usted estuvo hace poco en Bershley Village, ¿no es cierto? Ackers miró a su jefe escrutadoramente.

—Sí —respondió—. ¿Por qué lo dice?

—¿Mencionó en alguna ocasión su oficio?

—No, señor; no suelo hacerlo, a menos que razones poderosas...

—En algún momento, pudo descuidarse... Por ejemplo, si estaba bañándose y subió la camarera a hacer la limpieza, se le pudo ocurrir echar un vistazo a su cartera. En tal caso, habría sabido en qué trabaja.

Ackers sonrió.

—No llevaba encima nada que pudiera delatarme, señor —contestó—. Puede estar seguro de que nadie supo que pertenezco al Yard, pero ¿a qué vienen estas preguntas?

—¿Le gustaría volver a Bershley Village?

—¿Sucede allí algo malo?

Jeffries cogió de encima de la mesa unos papeles.

—En los últimos meses, han desaparecido tres individuos, todos los cuales estaban complicados en hechos delictivos, que les habían producido importantes sumas de dinero, ninguna inferior a las cien mil libras esterlinas. Dos de ellos habían intervenido en sendos atracos y un tercero había cometido una gran estafa. Los informes que tenemos dicen que esos tres sujetos llegaron a Bershley Village, pero desaparecieron a partir del momento de su llegada, sin dejar el menor rastro.

»E1 último fue Bill Eppherd, cerebro de una banda que cometió un atraco, con un botín de casi trescientas mil libras esterlinas. La división correspondiente del Yard ha conseguido atrapar a tres de los atracadores, recuperando setenta mil libras de las robadas. Sin embargo, falta Eppherd, al que se le supone en posesión del resto del botín, es decir, más de doscientas mil libras. Fue a Bershley Village, llegó allí... y no sabemos nada más.

Ackers encendió un cigarrillo.

—Se supone que esos tipos están escondidos en alguna parte, esperando a

que se enfríe la cosa —dijo.

—Sí. Pensamos que en Bershley Village debe de haber algún refugio para criminales de altos vuelos, los cuales, lógicamente, pagarán una buena suma por permanecer allí una temporada. Quiero que vaya allí, que encuentre el escondite... y nos informe. Nada más, sin intervenir en absoluto, ni practicar ninguna detención. Algunos son muy peligrosos y usted podría verse en un apuro si decidiese actuar por su cuenta. Ya íes echaremos el guante, cuando los haya localizado, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Nuestra división realiza trabajos muy reservados, pero cuando se trata de enfrentarse con criminales peligrosos, actúan los especialistas, no lo olvide. Ni siquiera se le ocurra llevar armas, Paul.

—Lo tendré en cuenta, señor, Pero...

—Dígame, Paul.

—¿He de salir hoy hacia Bershley Village? El inspector Jeffries hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, un día o dos no tienen importancia, en un asunto que viene ya de algunos meses. Pero tampoco conviene que se retrase demasiado.

—Saldré dentro de dos días, señor —decidió el joven—. Escribió algo en un papel y se lo entregó a su jefe—. Mientras tanto, ¿puede hacer que me proporcionen informes sobre esta tienda y su gerente?

Jeffries leyó lo escrito en el papel y dio un respingo.

—¡Satan's Store! —exclamó—. ¿A qué diabólico individuo se le ha ocurrido poner este nombre a un establecimiento?

—Cuando necesite comprar un filtro de amor o una pócima para hacer mal de ojo al vecino, cuyo perro le «riega» los rosales, vaya a esa tienda —contestó el joven alegremente—. También me gustaría información sobre un individuo llamado Edward Derwent, actualmente preso y condenado a quince años por estafa.

Jeffries anotó el nombre.

—¿Qué le interesa de esa tienda? —preguntó.

—Venden unos candelabros muy decorativos, especiales para invocar al demonio — respondió Ackers muy serio.

* * *

Durante el resto del día, Ackers se entregó a una frenética actividad, que no cesó hasta bien entrada la tarde. Al terminar, tomó el coche y se dirigió a la casa en donde residía Stella.

Buscó un lugar discreto y aguardó sin salir del automóvil. Stella llegó poco después de las siete. Ackers continuó en el mismo sitio.

Detrás de la muchacha, había llegado un hombre, que se estacionó en un lugar desde el que podía observar sin ser visto. Ackers comprendió que vigilaban a la muchacha.

Aguardó treinta minutos. La tarde estaba desapacible y lluviosa. De pronto, vio que el centinela se alejaba, para entrar en un pub. Desde allí, no se podía ver la entrada del edificio. Ackers comprendió que el espía se había visto obligado a abandonar su puesto durante unos momentos y decidió aprovechar la ocasión. Inmediatamente, dejó el coche, cruzó la calle y entró en la casa.

Stella abrió la puerta un minuto después.

—Paul...

—Vaya y corra las cortinas inmediatamente. Reduzca las luces, rápido; la están vigilando —dijo él, sin cruzar el umbral.

Stella comprendió en el acto. Ackers entró en el apartamento, cuando tuvo la seguridad de que no sería visto. La muchacha le miró con preocupación.

—¿Por qué me vigilan? —preguntó.

—Con el tiempo, lo tendrá que averiguar usted misma —respondió Ackers. Sacó un objeto del bolsillo y se lo enseñó—. Tendrá que ponérselo en el costado izquierdo, cerca de la axila, sujeto con esparadrapo. Aquí puede ver el cordón del audífono, que quedará escondido en su pecho. Cuando vea que Bolt se encierra en el despacho para hablar con el dueño de la tienda, tira del audífono, se lo coloca en uno de los oídos y procura situar la cabeza hacia la puerta en cuestión.

Estudió unos instantes a la joven.

—Ahora lleva el pelo recogido. Suélteselo cuando esté en la tienda —añadió.

—Tendré que ponerme en comunicación con usted —dijo Stella—. ¿Adónde le llamo?

—Yo voy a estar fuera unos días, no se preocupe por mí. Si puede, inténtelo, por favor, anote lo más esencial de las conversaciones y la hora en que se producen. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, Paul.

—Procure anotar los datos en trocitos de papel, que esconderá en el escote, no lo haga nunca en su agenda de notas. Cuando esté en casa, a solas, segura de no ser observada, guarde esas anotaciones en... ¿dónde, por ejemplo?

Stella se volvió y miró a su alrededor.

—¿Qué le parece aquella figura de porcelana? Está hueca...

—Muy bien. —Ackers escribió algo en un papel y se lo entregó a la muchacha—. Si oyese algo de suma gravedad o se viese en un serio apuro, llame inmediatamente a este número. Pregunte por Jeffries, dé su nombre y diga que llama de mi parte. Si no está Jeffries, alguien la atenderá.

—De acuerdo. ¿Quién es Jeffries, Paul?

—Un buen amigo —sonrió el joven—. No sé cuánto va a durar mi ausencia, pero le prometo venir a verla cuando regrese.

Ackers se dirigió hacia la puerta.

—¿No quiere tomar una copa? —sugirió ella.

—Gracias, en otro momento... Stella, yo querría hacerle una pregunta, pero

me disgustaría que se enojase... Sin embargo, creo que debo hacerla.

—Bien, hable —sonrió ella—. No será algo horrible...

—No creo. Yo estuve en su casa y la vi a usted. ¿No me recuerda? Stella se pasó una mano por la frente.

—Tengo una especie de niebla en la memoria... Sí, creo que le vi a usted, pero no estoy segura...

—Aquella noche, usted abandonó su dormitorio y vino al mío. ¿Tampoco lo recuerda?

—¡Paul!

—Lo siento, ya dije que mis palabras podían irritarla. Discúlpeme, se lo ruego.

—¿Es cierto que fui a su dormitorio durante la noche? Ackers emitió una sonrisa de circunstancias.

—Tal vez lo soñé yo —respondió—. No se preocupe; a veces, uno sueña de tal modo, que luego recuerda ese sueño como algo que ocurrió realmente. ; Buenas noches, Stella!

—Buenas noches, Paul.

Antes de asomar fuera del portal, Ackers escrutó cuidadosamente la calle. El espía se había marchado. Quizá había seguido a Stella solamente para cerciorarse de que regresaba a su casa y, una vez cumplida la misión, había abandonado el puesto de vigilancia.

CAPITULO VI

—Aquí está el cirio —dijo el hombre—. ¿Para qué diablos lo quieres?

—A veces, hay apagones —sonrió Ackers—. ¿Qué te debo, Jim?

—He tenido que trabajar mucho para hacer una copia exacta...

—Vamos, no me llores encima del hombro. Di el precio de una vez.

Jim Harrod citó una cifra. Ackers torció el gesto, pero acabó por pagar. Cargó con la nueva vela y volvió a su coche.

Una vez en su casa, puso la vela nuevamente en el candelabro, la encendió y aguardó pacientemente a que la cera se hubiese consumido, hasta la señal hecha previamente y que indicaba la altura perdida por el otro cirio. Entonces, sopló en la llama y ventiló un poco el apartamento, lleno de olor a cera quemada.

Pasada la media noche, alguien abrió la puerta con gran sigilo y, alumbrándose con una linterna de pequeñas dimensiones, llegó hasta el candelabro y encendió la vela. Luego cambió el candelabro de lugar, situándolo a la entrada del dormitorio donde el dueño del apartamento descansaba apaciblemente.

A continuación, se retiró con el mismo sigilo que a su llegada. Ackers estaba despierto y dejó pasar algunos minutos antes de levantarse. Gateando, para no ser visto, llegó a la ventana de la sala y miró hacia la calle desierta en aquellos momentos. Medio minuto más tarde, descubrió una sombra parada bajo la protección del quicio de una puerta, casi frente a la casa.

Lenta y cautelosamente, se retiró de la ventana. Durante todo el día y la víspera, había trabajado a conciencia. Diez minutos más tarde, el hombre que estaba en la calle, vio una silueta en la ventana del dormitorio.

El bastidor se levantó poco a poco. De pronto, el hombre que estaba en la ventana, se arrojó a la calle. El vigilante presenció la caída y, sin mostrar la menor sorpresa, abandonó el portal. Segundos después, se encendían las luces de un coche, que se alejó con enorme rapidez.

Entonces, Ackers se incorporó y apagó la vela. Cerró la ventana, corrió las cortinas y cruzó el piso, para cerrar la puerta con doble vuelta de llave y la cadena de seguridad. El hombre que quería eliminarle, había esperado dos noches, a fin de poder entrar en el apartamento sin ser detectado. Ackers se preguntó qué diría el guardia de la ronda nocturna, cuando encontrase el maniquí, repleto de serrín mezclado con arena, para darle el peso aproximado de una persona de su estatura. Bostezando aparatosamente, se metió en la cama, apagó la luz y, a los pocos momentos dormía como un bendito.

El inspector Jeffries hizo un fruncimiento de cejas cuando vio a su subordinado acercarse a su mesa de trabajo.

—Todavía no ha emprendido el viaje —se quejó.

—Calma, jefe —pidió Ackers, a la vez que dejaba un objeto sobre la mesa —. Esta es una película que impresioné anoche... mejor dicho, a la

madrugada, porque ya habían dado las doce. Me gustaría verla cuando esté revelada.

—Supongo que tendrá alguna relación con el trabajo que debe realizar...

—Eso creo yo; de lo contrario, ya estaría camino de Bershley Village. Además, he encargado un análisis al laboratorio y no quiero irme sin conocer el resultado.

—Paul, ¿qué se propone usted? —inquirió Jeffries.

Ackers habló durante unos minutos, mientras el inspector chupaba la pipa con aire pensativo. Al terminar, Jeffries hizo un gesto de aquiescencia.

—Es probable que, en efecto, haya alguna relación entre Satan's Store y lo que sucede en Bershley Village. Pero ¿cree que se verá algo en la proyección? Si el tipo entró a oscuras en su apartamento...

—La película es de alta sensibilidad, capaz de impresionar la cara de una persona a diez pasos de distancia, aunque esté alumbrada solamente por la llama de un fósforo. El hombre entró en casa con una linterna encendida y luego encendió el cirio. Es más que suficiente para verle la cara.

—Tendremos la película a la hora del almuerzo —prometió Jeffries—. Paul, ¿es cierto que el humo de la vela le impulsaba a arrojarse a la calle?

Ackers perdió la sonrisa en el acto.

—Señor, creo que estoy vivo, porque el candelabro se hallaba en la sala —contestó—. Quizá la droga que se desprende con el humo no pudo actuar con tanta intensidad como se esperaba; por eso, el intruso, llevó el candelabro al interior de mi dormitorio. El humo habría sido más intenso...

—Y usted tenía preparado un maniquí —sonrió Jeffries.

—Un poco de humor no viene mal —contestó el joven. Agitó una mano—. Espero poder partir mañana por la mañana, jefe —se despidió.

Minutos antes de las doce, pasaron la cinta en la sala de proyección. En la pantalla apareció la silueta de un hombre, que avanzaba cautelosamente, guiándose con una linterna. Luego se le vio cargar con el candelabro, llevarlo al dormitorio y encender un fósforo, para prender fuego al pabilo de la vela. En ese momento, fue cuando su rostro se vio con toda claridad.

—¡ Bolt! —exclamó Ackers.

—El gerente.

—Sí, señor.

Jeffries hizo una mueca.

—Tiene cara de demonio —calificó—. Claro, no podía ser de otro modo, dirigiendo una tienda que se llama Satan's Store.

—Ahora sólo falta el análisis de la cera del primer cirio. ¡ Dios sabe qué sustancias habrán puesto allí! —se estremeció el joven.

—Se lo haré saber, apenas tenga el informe del laboratorio —prometió el inspector. Por la tarde, Ackers fue a casa de Stella.

—Hoy le acepto una copa —dijo alegremente—. Y le pediré un favor.

—Lo que sea —contestó la muchacha—. ¿De qué se trata?

—Parece ser que resulta bastante difícil llegar a Derwent House, debido a

la espesura del terreno. ¿Puede usted trazarme un croquis, para que yo me pueda orientar sin dificultad?

—Eso es que no piensa usar el camino —dijo ella.

—Ah, hay un camino...

—Voy a ver qué tal maña me doy con el dibujo, Paul.

Stella buscó papel y lápiz y se sentó a una mesa. Ackers la contempló en silencio mientras dibujaba, absorta por completo en su labor. Era una hermosa muchacha, ciertamente, y lo que le había contado acerca de su padre no era una historia lacrimógena, sino la realidad. Pero el señor Derwent tendría muchas dificultades en la revisión de su proceso. Si los documentos habían sido falsificados, no cabía la menor duda de que era obra de un experto, ya que, pese a sus protestas, se había probado la autenticidad de los mismos.

La solución quizá, estaba en averiguar lo que sucedía en Bershley Village y en sus alrededores.

Stella se levantó al cabo de unos minutos y le entregó el dibujo.

—Será suficiente —aseguró.

Ackers guardó el papel en el bolsillo y se levantó.

—Gracias por todo, Stella —dijo—. ¿Ha captado hoy alguna conversación sospechosa?

—No, Paul.

—Llame a Jeffries en cuanto sepa algo.

—De acuerdo.

Ackers se encaminó hacia la puerta, Stella movió una mano.

—Paul...

—¿Sí?

—Usted dijo que yo había ido por la noche a su dormitorio.

—Quizá lo he soñado...

—Tengo la impresión de que fue realidad. Creo que empiezo a recordar, aunque no logro saber qué sucedió después.

—¿Le gustaría saberlo?

—Por favor, Paul.

—Es posible que... que se sienta ofendida... indignada... En todo caso, piense que yo... En fin, soy hombre y... Bueno, alguien dijo una vez que el espíritu es fuerte, pero la carne débil...

Stella tenía la boca abierta.

—¿Eso sucedió?

—Sí.

—Dios mío, no puedo creerlo...

—Lo siento, Stella.

—Quizá estaba drogada... No recuerdo apenas nada...

—No sólo es muy posible que estuviese drogada, sino que me hizo beber vino que contenía un poderoso narcótico. Por eso me desperté en las ruinas adonde, seguramente, me llevó Karlo. Pero no se culpe de lo ocurrido, porque en ello no tomó parte su voluntad, momentáneamente en poder de otra

persona.

—¿Karlo?

—Seguramente, Stella. Ella apretó los labios.

—Me gustaría despedirle, pero no puedo...

—Ya llegará su hora, no se preocupe. Adiós, Stella.

—Vuelva pronto, Paul.

—Lo intentaré.

Ackers salió de la casa, con las debidas precauciones. Se preguntó si Derwent House era el escondite donde se guarecían los forajidos dueños de un importante botín, hasta que la «tempestad» hubiera pasado.

Era la ocasión de averiguarlo, y empezaría al día siguiente.

* * *

Georgia Marlowe se sorprendió enormemente al ver a Ackers entrar por la puerta de su casa.

—¡ Señor Ackers! ¿Otra vez por aquí?

El joven sonrió, mientras dejaba en el suelo la bolsa de viaje que contenía su equipaje.

—Parece ser que mi médico opina que no estoy curado del todo y me ha recetado dos semanas más de descanso —contestó—. ¿Está libre mi habitación que ocupé la vez anterior?

—Por supuesto... Ha dicho dos semanas, señor Ackers.

—Como mínimo. Cuando termine ese plazo, volveré a Londres y me someteré a un nuevo examen médico. Entonces sabré si estoy curado o debo prolongar la temporada de descanso.

—Habrá trabajado mucho, sin duda.

—Demasiado, Georgia, y eso no es bueno para la salud, aunque uno sea joven. Se gana dinero, pero, ¡caramba!, ¿de qué sirve si uno se lo tiene que gastar en médicos y medicinas?

—Eso es muy cierto, señor Ackers. Le daré la llave de su habitación. Ya conoce usted los horarios de las comidas. El calentador del agua funciona perfectamente, por si quiere darse un baño.

—Gracias, Georgia.

Ackers cargó nuevamente con el equipaje y subió a su habitación. Una vez en ella, extrajo unos prismáticos de la bolsa de viaje y se acercó a la ventana.

Había unos diez kilómetros hasta Derwent House y, de no ser por los obstáculos, la casa habría podido verse sin dificultades. Pero, aparte de la espesura del bosque, el edificio se hallaba en una zona algo deprimida con respecto a la aldea. A menos que se estuviera muy cerca de él y en un paraje bastante despejado, no podría verse.

Alguien entró en la posada minutos más tarde. El hombre, de unos cuarenta años, con barba de dos días y una astilla en la boca, se acercó al mostrador.

—Ha llegado un cliente, Georgia —dijo.

—Sí, es conocido; ya estuvo aquí en otra ocasión. Pero, por lo visto, no se ha curado del todo, Jerry.

El hombre se echó a reír.

—Si ese tipo está enfermo, yo soy capitán de un acorazado —contestó burlonamente—. Ten cuidado no vaya a buscarte por la noche a tu habitación.

—Yo no soy de esa clase de mujeres...

Jerry Swan volvió a reír. Alargó la mano y pellizcó desvergonzadamente uno de los voluminosos senos de la rolliza posadera.

—Quizá te gusten los cambios —dijo.

—Por ahora, me conformo con lo que tengo —rió ella—. ¿Vendrás a la noche?

—Claro.

El teléfono sonó en aquel momento. Georgia se retiró un par de pasos, lo descolgó, dio su nombre y escuchó atentamente, mientras Swan la contemplaba con curiosidad. Al cabo de unos momentos, Georgia volvió el teléfono a la horquilla.

—Mañana llega otro huésped para Derwent House —anunció.

—Tendré que guiarlo, supongo.

—Desde luego. Convendría que hicieras un viaje con víveres. —Georgia le guiñó un ojo—. Y no te olvides de venir a la noche.

—Descuida, encanto. Oye, ¿qué diablos hacen los huéspedes...?

—¿Qué te importa a ti? Nos pagan bien y eso es lo que interesa. Swan levantó el índice, señalando a lo alto.

—Al de arriba le dijiste que sólo había ruinas —murmuró.

—Y se lo creyó como un tonto —rió la posadera.

—Con tal de que no haga preguntas indiscretas...

—¿Por qué iba a hacerlas? Ha venido a descansar, aislado, sin relacionarse con nadie... No te preocupes, Paul Ackers no representa ningún riesgo para nuestro negocio.

CAPITULO VII

Por la mañana, después del desayuno, Ackers anunció sus propósitos de darse un buen paseo. Pidió a Georgia que le preparase un par de bocadillos y un termo con té, puso todo en una pequeña bolsa de costado y, adecuadamente equipado, abandonó la posada.

Caminó a buen paso los cinco primeros kilómetros. Se tomó un pequeño descanso y luego reanudó la marcha. De cuando en cuando, consultaba el mapa que le había dado Stella.

Dos horas más tarde, encontró un camino que cruzaba el bosque. Había señales de ruedas, pero estaba cubierto por hierbajos en su mayor parte. Avanzó con cuidado y, de pronto, encontró un sendero apenas visible, una vez pasado un pequeño grupo de robles que habían crecido muy juntos.

De no haber tenido el mapa, habría pasado de largo por aquel lugar. Girando hacia su izquierda, siguió el sendero, que se retorcía entre la abundante vegetación. A veces, el sendero desaparecía y se hacía difícil seguir el camino, pero en el mapa figuraban los puntos cardinales y él, además de llevar una brújula, había corregido la víspera los ligeros errores de orientación que había en el dibujo.

De pronto, se encontró con un muro impenetrable. La vegetación era tan espesa que resultaba imposible pasar al otro lado. Ello, además, impedía que se pudiera ver lo que había más allá.

Abundaban, sobre todo, las plantas trepadoras, en especial la hiedra, que formaban una inextricable maraña en una extensión bastante considerable. Ackers empezó a sospechar que gran parte de las plantas habían nacido por la acción de la mano del hombre.

—Alguien se hartó de poner semillas por todas partes...

El suelo era bastante irregular. Ackers lo examinó con infinita atención. Bruscamente, creyó ver algo que tenía mucho de artificial.

Inclinándose, tocó con las manos aquel trozo cubierto de hierba. Debajo del césped se apreciaba algo duro y compacto. Lentamente, se puso en pie. Allí había una cortina vegetal que se podía mover, para permitir el paso de una persona.

De pronto, creyó oír un gruñido. Luego oyó una queja:

—Maldito pedrusco.

Ackers saltó a un lado y se agazapó al otro lado de un espeso arbusto. Un minuto después, vio a un hombre que caminaba, cargado con un pesado saco.

El individuo llegó, dejó el saco en el suelo y agarró el tronco de un arbusto, del que tiró con fuerza. Una especie de puerta, compuesta por la vegetación, giró un poco, lo suficiente para que el sujeto pudiera pasar al otro lado con el saco. Una vez franqueada aquella original barrera, el hombre realizó la misma operación en sentido inverso y el bosque recobró su aspecto habitual.

Entonces, Ackers comprendió por qué no se encontraba la casa. Abandonando su escondite, avanzó unos pasos y separó el ramaje con las manos.

A través de la espesura, pudo entrever la silueta de la casa, a unos trescientos pasos de distancia. No necesitó seguir en aquel lugar; por el momento, ya tenía suficiente.

Inmediatamente, emprendió el camino de regreso. Un cuarto de hora después, vio una pequeña furgoneta de carga parada en el camino. En aquel vehículo, se dijo, había traído el hombre el saco que después había cargado sobre sus hombros. Sin duda eran provisiones para Derwent House. Los pies de una persona siempre dejaban un rastro mucho menor que el de las ruedas de una furgoneta. Además, conociendo la ruta, como era el caso de aquel sujeto, le resultaba fácil pisar siempre en sitios distintos.

«Pero si la furgoneta viniese con frecuencia, antes de un mes, sus huellas quedarían imborrables y el camino hacia Derwent House podría ser seguido por cualquiera», se dijo.

Luego empezó a especular con el relato que la posadera le había hecho en la ocasión anterior. ¿Sabía Georgia que Derwent House existía realmente? Si lo sabía, estaba bien claro que había tratado de engañarle. Y, puesto que vivía en Bershley Village, parecía lógico que estuviese enterada de la reconstrucción de la casa, efectuada por el padre de Stella años antes. Era algo que no se podía ignorar en el pueblo, pensó.

Cuando llegó a la posada, se sentía cansado y buscó una silla. Georgia apareció a los pocos instantes.

—Le ha sentado bien la caminata, espero —sonrió la mujer.

—No puedo quejarme —contestó él—. A ver si así duermo mejor esta noche; la pasada, estuve desvelado hasta muy tarde. Ni siquiera con dos tabletas de somnífero pude dormir apenas.

—Pronto volverá a sentirse mejor—aseguró Georgia—. ¿Le sirvo algo?

—Una buena jarra de cerveza, gracias.

—Sí, señor.

Georgia vino a poco con la bebida. Ackers tomó un trago, chasqueó la lengua y luego miró sonriendo a la mujer:

—¿Marcha bien el negocio? Este pueblo no parece muy grande...

—No me haré rica, pero tampoco puedo quejarme —respondió Georgia—. De todas formas, si no viene demasiada clientela, se debe a que sólo llevo un año aquí. Tal vez a los nativos les guste más la otra posada; son un tanto recelosos con los forasteros, pero con el tiempo se les pasará y acabarán considerándome como uno más de ellos.

—Ah, sólo lleva un año aquí.

—Sí, el anterior propietario traspasaba el negocio en buenas condiciones y a mí me pareció que podía resultarme beneficioso. Al menos, cubro gastos y esto me permite resistir hasta que mejoren las cosas.

—Es lo que le deseo de todo corazón, señora Marlowe.

—Muchas gracias, señor Ackers.

La posadera se alejó, cantoneando sus pomposas caderas. Era una mujer rolliza, de buenas carnes y pecho abundante, muy atractiva, según para ciertos gustos. Posiblemente, sería muy sensual. Era viuda, según le había dicho en la ocasión anterior, pero a su edad, poco más de los cuarenta, no parecía raro que no tuviese algún amante discreto que calmase su soledad con frecuentes visitas nocturnas.

En aquel momento, se detuvo un coche frente a la posada. Un individuo se apeó y entró, portador de un maletín. Era un tipo de unos treinta y cinco años, de cejas frondosas, bigote curvado hacia abajo y bastante ancho de hombros. Lanzó una mirada al único cliente que, en aquellos momentos, bebía apaciblemente su jarra de cerveza, y luego se acercó al mostrador, para golpear el timbre de percusión.

Georgia hizo su aparición a los pocos momentos.

—¿Señor?

—Soy Burton Mclntyre —se presentó el recién llegado—. Avisé mi llegada...

—Oh, señor Mclntyre, le estábamos aguardando. ¿Ha tenido un feliz viaje?

—Ha sido bueno —contestó el sujeto lacónicamente—. Mi habitación, por favor, señora.

—Georgia Marlowe, señor Mclntyre, pero puede llamarme Georgia. Sígame, se lo ruego.

La posadera y el huésped se encaminaron a las habitaciones del primer piso. Ackers terminó la cerveza y encendió un cigarrillo. Georgia volvió minutos más tarde.

—La cena estará dentro de un cuarto de hora —anunció.

Afuera, alguien subió al coche del recién llegado y se lo llevó. Ackers reconoció al individuo que había llevado las provisiones a Derwent House. Iría a guardar el coche en el garaje, supuso.

* * *

En Satan's Store sonó de pronto el teléfono del despacho. Reid Bolt estaba haciendo unas anotaciones en un libro y abandonó el mostrador. Stella oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Inmediatamente, corrió hacia la entrada, colgó el cartel de «Cerrado», regresó junto al mostrador y se situó en el punto más próximo a la puerta del pasillo. Sacó el audífono del escote y se lo introdujo en el oído. Ya lo había utilizado en más de una ocasión, y estaba sorprendida de la potencia del diminuto aparato.

La voz de Bolt llegó en el acto a sus tímpanos:

—No, no, aquí todo marcha con normalidad... No hay cuidado, jefe; la chica sigue mansa como una paloma... ¿Qué me dice del último huésped?

—Ha salido hoy para Bershley Village —dijo el otro hombre—. Karlo se

ocupará de él, no te preocupes.
—¿Lleva un equipaje interesante?
—Ciento ochenta.
—No está mal. Siente mucho calor por aquí, ¿no?
—Me pidió que le buscase un sitio más fresco.
—Sí, allí estará más fresco —rió Bolt—. ¿Algo más, jefe?
—No, que todo siga igual, Reid.
—Descuide.
Stella se dio cuenta de que la conversación había terminado y se quitó el audífono. Mientras lo guardaba nuevamente en el escote, fue hacia la entrada y dio la vuelta al cartel. Como sabía que no tendría tiempo de regresar al mostrador, quedó junto a la puerta, en actitud distraída, como si estuviese contemplando el movimiento de transeúntes por delante de la tienda.
Bolt salió y reanudó la tarea en el libro. Al cabo de unos momentos, entró una mujer y preguntó si podrían enviarle un candelabro mágico. Bolt atendió personalmente a Sandra Walter y le prometió llevarle él mismo el candelabro. Sandra abonó el importe y abandonó la tienda.
Entonces, Bolt empezó a envolver el candelabro, ayudado por la muchacha. Cuando terminó, dijo:
—Voy a llevar esto a casa de la cliente. Cierre el local cuando llegue la hora, señorita Derwent.
—Sí, señor.
Bolt se marchó unos minutos más tarde en su automóvil. Stella aguardó aún un buen cuarto de hora. Luego se dirigió al otro teléfono y marcó un número.
—Deseo hablar con el señor Jeffries —manifestó, cuando alguien respondió a la llamada—, Soy Stella Derwent.
—Un momento, señorita Derwent, por favor.

* * *

Sonaron unos nudillos en la puerta. Ackers se levantó y abrió. Georgia estaba en el umbral.
—Le llama el doctor Jacobson —dijo la posadera—. Dice que quiere hablarle sobre el sedante que le recetó y que es urgente...
—Gracias, Georgia, bajaré ahora mismo.
Ackers se puso la chaqueta y descendió a la planta baja. El teléfono estaba junto al mostrador. Georgia se fue a la cocina. Desde su sitio, Ackers pudo oír el ruido del agua corriente y el ruido de los platos en el fregadero.
—Paul, ella ha llamado hoy —dijo el inspector Jeffries—. Ha oído algo que puede ser interesante. ¿Tiene alguien cerca?
—No. Siga.
—¿Ha llegado algún forastero?
—Dice que se llama Burton McIntyre. —Ackers tenía la vista fija en la

puerta de la cocina—. Es alto, unos treinta y cinco años, gran bigote, pelo castaño oscuro, cejas muy espesas...

—Jack Liggett —identificó Jeffries instantáneamente—. Según me ha informado ella, tiene ciento ochenta mil libras. Es la mayor parte del atraco al Middlestone.

Ackers contuvo un silbido.

—¿Qué hago? —preguntó.

—Manténgalo bajo vigilancia, pero no mueva un solo dedo. Queremos saber dónde se esconden.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Eso es todo. Ah, en todo caso, la próxima vez, le llamará su prima Mildred.

—Sí, señor. Una pregunta, por favor. ¿Cómo sigue... ella?

—No se preocupe; está perfectamente. Y la cuidamos mucho; siempre hay alguien en las inmediaciones de la tienda.

El ruido de la cocina cesó. Ackers levantó la voz:

—No se preocupe por mí, doctor Jacobson; la tranquilidad de esta aldea me sienta magníficamente. Gracias por su solicitud, doctor.

Georgia salió en aquel momento, secándose las manos con un delantal. Ackers dejó el teléfono sobre la horquilla.

—El doctor Jacobson tiene la virtud de preocuparse mucho por sus pacientes — sonrió—. Es un médico de la vieja escuela; atiende antes al hombre que al enfermo.

—Entonces, es un buen médico —sonrió la posadera.

Ackers volvió a su habitación. Allí, en el primer piso, había un forajido con un botín de nada menos que ciento ochenta mil libras esterlinas. ¿Adónde pensaba esconderse?

El nombre de Mclntyre era falso. El auténtico era Jack Liggett, uno de los más peligrosos y escurridizos atracadores, quien, hasta aquel momento, había conseguido burlar la acción de la justicia. Pero, sin duda, debía de haberse sentido muy acorralado, por lo que había decidido ocultarse en un lugar donde capear el temporal, hasta que las aguas hubieran vuelto a su cauce.

Swan entró poco después en la posada y se acercó al mostrador. Sus manos fueron ávidas hacia los senos de la mujer.

—Me siento como un toro —dijo el sujeto cínicamente. Georgia sonrió.

—Calma, chico —contestó—. Mañana tienes trabajo de guía.

—Comprendo. Pero, mientras llega la hora de trabajar, ¿por qué no nos divertimos un rato, encanto?

Los ojos de la posadera brillaron.

—Si no hubiese diversión, la vida resultaría muy aburrida, ¿no, Jerry? Anda, cierra la puerta y apaga las luces. Ya conoces el camino... del parque de atracciones.

Swan lanzó una sonora carcajada.

—Con una única y maravillosa atracción —exclamó.

CAPITULO VII

Ackers decidió levantarse algo más tarde al día siguiente, con el fin de aparentar que empezaba a sentirse mejor y que se le pegaban las sábanas. Todavía estaba en la cama, cuando oyó un motor de automóvil en la calle.

Atraído por la curiosidad, saltó del lecho. El motor que roncaba era el de la furgoneta de reparto. Un hombre salía en aquel momento de la posada. Era Liggett, quien se sentó inmediatamente junto a Swan. La furgoneta arrancó sin más.

Entonces, casi de repente, Ackers lo comprendió todo. Derwent House era el lugar donde se escondían todos los forajidos que tenían cuentas pendientes con la ley. Había sido una trama muy bien urdida. Tal vez se lo habían propuesto al padre de Stella y, al negarse éste, le prepararon la trampa que le había llevado a la cárcel, al objeto de tener las manos libres. Todo muy claro... pero ahora hacía falta demostrarlo.

Después de desayunar, anunció sus propósitos de dar un paseo. Inmediatamente, emprendió la marcha hasta alcanzar el bosque, a poca distancia del camino, que tenía constantemente a la vista. Media hora más tarde, oyó el ruido de un motor y se agazapó tras unos arbustos.

La furgoneta pasó por delante de él. Ahora sólo había un ocupante: Jerry Swan. Por tanto, Liggett estaba en Derwent House.

Bien, se dijo, el forajido permanecería aún algún tiempo en la casa. No había prisa por echarle el guante. Liggett se creería en seguridad y no se movería de su escondite.

Liggett también lo creía así. El lugar era agradable y el alojamiento confortable.

—Karlo —dijo, cuando ya estaba en su habitación—, ¿qué diversiones hay en esta casa?

—¿Diversiones, señor? Liggett le guiñó un ojo.

—A veces, pesa la soledad...

—Es preciso saber soportarla, señor —contestó Karlo, fingidamente virtuoso—. Por la conveniencia de todos, señor.

—Sí, tiene que ser así —se resignó el atracador—. Gracias, Karlo.

—El almuerzo, a las doce, señor. Haga el favor de llamar por medio de la campanilla.

—Está bien.

A las doce en punto, Liggett entró en el saloncito íntimo. La mesa estaba ya preparada. Liggett observó que Karlo frotaba algo con un paño. Curioso, se acercó a la pared en donde se veía la llave de piedra.

—¿Qué hace, Karlo? —preguntó.

—Procuro que la llave funcione bien, señor. Al otro lado hay una habitación secreta. Podría convenir, en un momento dado, que el señor se escondiese para no ser visto. No suelen venir visitas, pero siempre conviene

estar prevenido.

—Muy cierto —convino Liggett—. De modo que una habitación secreta...

—Sí, señor. ¿Quiere hacer funcionar la entrada? Le interesa saberlo, creo.

—De acuerdo. ¿Cómo se hace?

—La llave debe girar a la derecha, media vuelta completa, señor.

Liggett asió la llave. Hizo fuerza y, en el mismo instante, el suelo cedió bajo sus pies.

Un horrible alarido brotó de su garganta al darse cuenta de que le habían tendido una trampa. Karlo miró hacia abajo, con una sonrisa de morbosa satisfacción en sus labios. Del fondo de aquel pozo llegó el horrendo ruido de un cuerpo cuyos huesos se rompían con el impacto.

La trampa se cerró de nuevo y el suelo recobró su aspecto habitual. Karlo se sentó a la mesa y consumió tranquilamente el almuerzo destinado al huésped. Luego subió al primer piso.

La maleta de Liggett, alias Mclntyre, estaba sobre una silla. Karlo la abrió. Apartó las ropas a un lado. Levantó el falso fondo y contempló arrobado los fajos de billetes. Un espectáculo maravilloso, se dijo.

* * *

Georgia tocó con los nudillos en la puerta. Ackers abrió segundos después.

—Hola —sonrió.

—Le llama su prima Mildred, señor Ackers —informó la posadera.

—Oh, muchas gracias... —Ackers salió al pasillo—. Creí que se habría olvidado de mí.

—Parecía muy ansiosa, señor.

—Es lógico. Pronto habrá entre Mildred y yo algo más que parentesco, Georgia. Las manos de la posadera se juntaron.

—Van a casarse —exclamó.

—Eso esperamos. Sólo quiero estar restablecido por completo. Mi prima fue la primera en recomendarme que terminase de curarme los nervios.

—El matrimonio acabará con esa enfermedad —dijo Georgia, enternecida. Ackers bajó las escaleras de dos en dos y agarró el teléfono:

—¡Mildred, cariño!

La llamada, pensó, había sido realizada por la secretaria del inspector, a fin de darle autenticidad, empleando una voz de mujer; Pero ahora era el propio inspector el que estaba al otro lado de la línea.

—Hemos hecho un descubrimiento —dijo Jeffries—. Uno de nuestros hombres visitó discretamente a Stella y le cambió el aparato que usted le había dado, por uno casi idéntico, pero con la ventaja de que es también emisor de radio. De este modo, pudimos captar una de las llamadas del jefe de Bolt.

—¿Y...?

—Disfraza la voz, pero los expertos declaran que se trata de una mujer.

—Ah, vaya una sorpresa... querida —añadió el joven, por si Georgia le

escuchaba.

—Creo que Bolt no lo sabe siquiera, aunque no nos podemos fiar, naturalmente. ¿Qué sabe usted de Liggett?

Ackers miró hacia la cocina, cuya puerta estaba cerrada.

—Fue a Derwent House —contestó—. Está allí.

—¿Hay algún modo de que usted pueda confirmarlo?

—A menos que me presente... Pero ya me vieron en una ocasión... ¿Por qué no le dice a Stella que acuda el próximo fin de semana?

—Lo intentaré.

—Llámame mañana, Mildred, querida; me consuela mucho oír tu voz —dijo el joven, muy fuerte, para que Georgia pudiera escucharle.

Después de colgar el teléfono, Ackers quedó junto al mostrador. Georgia apareció a los pocos momentos.

—¿Puede servirme una copa? —solicitó el joven.

—Sí, señor, por supuesto.

La puerta de la posada se abrió en aquel instante. Swan dio un paso, pero, se detuvo, sorprendido, al ver que Ackers estaba junto al mostrador.

—¿Necesita algo de mí por esta noche, señora Marlowe? —preguntó, solícito.

—No, nada, muchas gracias, Jerry —respondió ella.

—Entonces, buenas noches, señora Marlowe. Buenas noches, señor. Swan se marchó. Después de servir a su huésped, Georgia dijo:

—Es Jerry Swan. Lo tengo empleado para que me haga algunos trabajos que para mí resultan pesados.

—Sí, comprendo.

Ackers tomó la copa en un par de tragos y se despidió de la mujer con una amplia sonrisa. Subió a su habitación, cerró la puerta y encendió un cigarrillo.

Entre Swan y la posadera había algo más que la simple relación de patrono y empleado. Pero resultaba curioso que fuese Swan el que llevase a los huéspedes hasta Derwent House.

Ahora ya estaba persuadido de que los fugitivos de la justicia llegaban a la posada, advertidos de antemano, como un punto de cita para alcanzar el escondite deseado. Si era así, y todo parecía confirmarlo, Georgia formaba también parte de la banda, cuyo cerebro, insospechadamente, había resultado ser una mujer.

¿Cuánto cobraban a los fugitivos por el «hospedaje»?

Era una pregunta mucho menos importante que otra que atormentaba al joven desde el momento en que había conocido la noticia.

¿Quién era la mujer?

* * *

—Señor Salters, usted está en un grave apuro —dijo la mujer.

Red Salters contempló con asombro a su interlocutora. Era una mujer de

edad indefinida, pelo castaño, con grandes gafas de color y la cara completamente limpia de maquillaje. La voz era grave, de bajos tonos, y la ropa que llevaba puesta impedía apreciar demasiados detalles de su figura. Las manos estaban cubiertas por guantes y las mangas llegaban hasta la muñeca. Prácticamente, no podía captar ningún detalle comprometedor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Salters, tras unos segundos de reflexión, debido al asombro que le habían causado las palabras de la desconocida.

—Lo sé y es suficiente. Usted ha cometido un desfalco a la empresa para la cual trabaja, casi ciento cincuenta mil libras. Pero también sabemos que no sabe cómo escapar del país.

—Es fácil. Se va uno al aeropuerto, se compra un billete para cualquier punto del extranjero...

—Y en el momento en que se acerque a la ventanilla de pasajes, un hombre del Yard le echará el guante. Se descubrirá que lleva una maleta repleta de billetes y... ¿qué sucederá a continuación?

Salters se pasó una mano por la garganta. Oculta tras las gafas de color, la mujer apreció gotas de sudor en la frente de su interlocutor.

—Perderá el dinero y la libertad, porque le enviarán a la cárcel para un montón de años —continuó—. Por el diez por ciento de esta suma, nosotros le garantizamos la salida del país, sin el menor contratiempo.

—Quince mil libras —se estremeció Salters.

—Todavía le quedarán ciento treinta mil, por lo menos, para vivir sin problemas el resto de sus días. Bien, ¿qué me contesta?

—¿Qué garantía tengo yo de que no tratan de tenderme una trampa? —A estas alturas, Salters había llegado a la convicción de que no valía la pena ocultar la realidad de los hechos.

—Muy sencillo —respondió ella—, Mo le cobraremos nada, hasta que esté en lugar seguro. Pero, eso sí, caso de que no pague, nosotros seremos mucho más severos que el juez que le juzgaría, sí la estafa se descubriese. El juez se limitará a enviarle a la cárcel para una docena de años. Nosotros le enviaríamos... al infierno.

La mujer soltó una ligera carcajada. A Salters le pareció que era la risa del diablo... un demonio con figura femenina, pensó.

—De acuerdo —cedió al fin—. El diez por ciento... y ahora, explíqueme lo que debo hacer.

—Tiene que viajar a Bershley Village y tomar una habitación en una de las dos posadas que hay, «Los Tres Caballos». Cuando llegue, ya estarán avisados y le indicarán lo que debe hacer, eso es todo. Pero no vaya sin antes haberme entregado las quince mil libras acordadas.

—¿Cuánto tiempo deberé estar escondido?

—Oh, cosa de un mes. Luego, ya nos encargaremos de sacarle del país. Por supuesto, las quince mil libras cubren el importe del hospedaje.

—Algo caro ese hotel, ¿no le parece? —comentó Salters irónicamente.

—Si le atrapase la Policía, lo perdería todo y aún sería peor —respondió la

mujer con gran frialdad. Pero no se le ocurra ir a Bershley Village sin haberme entregado el dinero.

—¿Cuándo?

—Ahora, si lo tiene a mano; en otro caso, antes de veinticuatro horas.

—Lo tendrá antes del mediodía de mañana —aseguró el estafador.

* * *

Llegó a casa, encendió el cirio, se quitó la ropa y, sentándose en el suelo sobre sus talones, empezó a canturrear una monótona melopea, a la vez que movía el cuerpo adelante y atrás. Tenía los ojos cerrados y procuraba respirar rítmicamente. Sus pechos, redondos y firmes, se movían con el balanceo de su cuerpo

—Te doy las gracias, dueño de las tinieblas, señor de todos los espíritus infernales, por conservarme la juventud y proporcionarme todos los goces de este mundo... Sólo tú eres poderoso y puedes ciar placer a los que te aman...

De repente, Sandra Walter se dio cuenta de que no estaba sola. Había un hombre en pie, vestido enteramente de negro, a pocos pasos de distancia. El sujeto la contemplaba mientras sonreía burlonamente.

Sandra abrió los ojos.

—Tú... Estás aquí... Te has hecho visible...

—He oído tus invocaciones y me ha parecido conveniente darte las gracias. Pero también quiero hacerte una advertencia.

—Dime, soy toda tuya —contestó Sandra ardientemente.

—Cuando nos vimos por primera vez, acordamos que yo le daría juventud y fortuna, pero que deberías tener la suficiente discreción, una vez alcanzado cierto punto del que no deberías pasar. Sin embargo, serías tú misma quien supiese cuándo era el momento de detenerse, sin que yo te lo hiciese notar. ¿Lo recuerdas?

—Sí, mi señor, lo recuerdo.

—Entonces, no tenemos nada más que hablar. Sandra levantó una mano.

—Espera, por favor...

Pero ya estaba sola nuevamente en la habitación. En el lugar donde había estado el desconocido, sólo quedaba una tenue columna de humo, que se deshacía lentamente, para mezclarse con el de la vela. Sandra se preguntó si lo que le había sucedido no era Una alucinación.

De pronto, se puso en pie y caminó hacia el dormitorio. Allí, frente al espejo de cuerpo entero, se contempló, orgullosa de su figura, pasándose las manos por los costados, con la sonrisa en los labios. ¿Quién, a su edad, se preguntó, podía presumir de una silueta semejante y de un rostro que parecía detenido en los veinticinco años?

Además, estaba haciéndose rica, pero, de todas formas, aún no tenía lo suficiente.

CAPITULO IX

El timbre del teléfono se cortó, cuando una mano levantó el aparato.

–Bolt —dijo el hombre lacónicamente.

—Avise —ordenó alguien—. Anuncie que es preciso reservar una habitación para Bob Norris.

—¿En... la posada?

—Sí, desde luego.

—¿Cuánto?

—Ciento treinta. —No está mal, «Doble X». ¿Algo más?

—No, eso es todo.

Sonó un «click». Stella volvió rápidamente al mostrador. Reid Bolt salió de su despacho segundos más tarde.

—Tengo que salir, señorita —dijo—. Si no he vuelto a la hora de cerrar, hágalo usted.

—Bien, señor Bolt.

Stella quedó sola en la tienda. Aguardó un tiempo prudencial y, cuando estuvo segura de no ser interrumpida, llamó al inspector Jeffries.

* * *

Georgia llamó a la puerta de la habitación.

—Su prima Mildred aguarda al teléfono —anunció, cuando el huésped se hizo visible.

—Ah, mi querida prima —exclamó el joven, mientras echaba a andar a lo largo del pasillo—. Una mujer encantadora, señora Marlowe. Si la conociese usted...

—¿Por qué no le dice que se venga a pasar unos días aquí, a su lado? —Sugirió la rolliza posadera—. Puede que eso terminase de curar sus nervios... La compañía de una mujer joven y bonita siempre resulta agradable. Porque me imagino que la señorita Mildred debe de ser muy guapa.

—Lo es —sonrió Ackers.

—Además, yo soy tolerante y comprensiva con los jóvenes... Usted ya me entiende lo que quiero decirle, ¿no?

—Señora Marlowe, es usted un encanto. Hablaré con mi prima y trataré de convencerla para que venga a reunirse conmigo.

Ya estaban en la planta baja. Entonces, Ackers vio junto al mostrador a Karlo.

El hombre se sorprendió no menos que Ackers, pero se recuperó pronto y le dirigió una sonrisa. Ackers contestó con una leve inclinación de cabeza. Luego agarró el teléfono.

—Mildred, cariño, ¿cómo te encuentras?

—Escuche —dijo el inspector Jeffries—. Hay otro individuo en camino o a

punto de ponerse en camino a Bershley Village, un tal Bob Norris. Uno de sus compañeros, que no se pondrá en contacto con usted para nada, tratará de identificarlo a su llegada. Estará merodeando por las inmediaciones del pueblo, ¿comprende?

—Perfectamente, Mildred. —Ackers hizo una pausa—. De modo que no puedes venir a pasar unos días conmigo... ¡Qué lástima!, con el buen tiempo que hace... Mira a ver si haces un esfuerzo y vienes la semana próxima... Gracias, cariño; no dejes de llamarme en cuanto te sea posible.

El teléfono volvió a la horquilla. Ackers dirigió una sonrisa a Karlo, quien seguía junto al mostrador.

—No sabe cuánto celebro verle, Karlo —dijo.

—Muchas gracias, señor —contestó el sujeto.

Ackers hizo un gesto y se encaminó de nuevo al piso superior. Una vez en su habitación, sacó un micrófono análogo al que había entregado a Stella y se lo colocó en la forma adecuada, situándose a continuación junto a la puerta, ligeramente entreabierta.

—Georgia, no me habías dicho nada de ese hombre —oyó la voz irritada de Karlo—.

¿Qué diablos hace aquí?

—Oh, está pasando una temporada de vacaciones...

—No me gusta —refunfuñó Karlo—. Me ha reconocido.

—¿Tiene eso algo de malo?

—¿Después de la comedia que desempeñamos? Al verme a mí, se dará cuenta de que lo que le sucedió no fue un sueño.

Georgia pareció sentirse preocupada.

—Entonces, ¿qué hacemos? Karlo señaló al teléfono.

—Habla con Londres —indicó—. Por cierto, ¿quién era esa Mildred?

—Su prima. Están prometidos...

—¿Seguro?

—Hombre, yo misma he estado hablando con ella...

—Pero no la conoces ni la has visto nunca.

—Te vuelves demasiado aprensivo, Karlo. Los dedos se te hacen huéspedes y no hay motivos para sospechar del señor Ackers,

—Yo sospecho de todo el mundo —gruñó Karlo—. A fin de cuentas, soy el que hace el trabajo más sucio y el que corre los mayores riesgos. Mañana volveré, para saber lo que te han dicho... pero tienes que llamar esta misma noche, ¿entendido?

—De acuerdo, Karlo.

Ackers escuchó el ruido de la puerta de la posada al cerrarse, pero siguió en su sitio. Luego captó el sonido del disco telefónico, accionado por el índice de Georgia. Finalmente, oyó la voz de la mujer:

—¿Señor Bolt? Soy Georgia...

* * *

Bob Norris no había llegado todavía y Ackers calculó que, aunque llegase durante el resto del día, hasta la mañana siguiente no acudiría a Derwent Village. Por tanto, se dedicó a pasear por las afueras del pueblo, dando un gran rodeo, que le permitió regresar por el extremo opuesto al lugar en que se hallaba su alojamiento. Pasó por delante de la otra posada y, como el día era caluroso, entró a tomar una cerveza.

Al terminar, solicitó al dueño del local usar el teléfono. El posadero accedió amablemente y le enseñó una cabina aislada. Sin pérdida de tiempo, Ackers se puso en contacto con su jefe y le puso en antecedentes de la conversación escuchada la víspera.

Jeffries se sintió muy preocupado.

—Quizá le convendría regresar...

—No —cortó el joven vehementemente—. Seguiré hasta el final. ¿Ha llegado ya el otro agente?

—No se preocupe. Ah, Mildred le llamará a la noche.

—Está bien...

Ackers regresó a su alojamiento, en donde pasó la mayor parte del día. Al atardecer, se detuvo un coche. Su único ocupante se apeó y penetró en la posta. Georgia acudió inmediatamente a recibirle.

—Soy Norris —declaró el recién llegado—. Me envía «Doble X».

—Encantada de conocerle, señor Norris —contestó Georgia—. Tenemos todo preparado para hospedarle con toda comodidad, aunque esta noche deberá dormir en la posada. Mañana vendrán a llevarle al otro alojamiento.

—Está bien, muchas gracias. ¿Quiere enseñarme mi habitación?

—Con mucho gusto, señor Norris.

Desde su cuarto, a través de la rendija de la puerta, Ackers pudo ver a Georgia precediendo al huésped, quien sujetaba con ambas manos una cartera de ejecutivo. Norris daba la sensación de llevar un tesoro de incalculable valor.

Al llegar a la puerta de su habitación, Norris se volvió hacia la mujer.

—¿Puede subirme una botella de whisky, señora Marlowe?

—Desde luego. En seguida se la traigo —accedió Georgia.

Ackers tomó nota del detalle. Si Norris bebía unos tragos de más, caería en un profundo sueño y ello le permitiría echar la mano a su cartera.

«Mildred» llamó a la noche.

—El llamado Norris es, en realidad, Red Salters. Se le acusa de haber estafado ciento cincuenta mil libras.

—Un gran negocio, querida, te felicito.

A la misma hora, Bolt estaba hablando con «Doble X».

—De modo que conoce a Ackers —dijo Bolt, atónito.

—Sí. Y puede poner en peligro nuestros planes.

—Habrá que eliminarlo... Yo lo intenté, porque sospechaba de él, pero fallé...

—Deje que yo me encargue de ello. Sigue en Bershley Village, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto. .

—Muy bien. ¿Qué hace la chica?

—Oh, trabaja... No de muy buena gana, pero sabe que no le queda otro remedio...

—Ordénele que vaya a Derwent House el próximo fin de semana.

—¿Por qué? Puede extrañarse...

—Bolt, no haga preguntas y obedezca.

—Sí, jefe.

«Doble X» hizo una ligera pausa. Luego dijo:

—Tendré que pensármelo, pero creo que hemos alcanzado ya la cota máxima. Es posible que resulte conveniente eliminar a la chica.

—Eso es cosa suya, jefe; pero ¿qué hago si se niega a ir a Derwent House?

—No puede negarse, Bolt.

Bolt colgó el teléfono. ¿Por qué su jefe quería eliminar a Ackers? Había una sola respuesta: Ackers era policía.

—O, por lo menos, detective privado —gruñó, aprensivo y enojado a un tiempo, por el fracaso y la burla del maniquí.

* * *

La posada estaba sumida en un completo silencio. Ackers abandonó su dormitorio y caminó a lo largo del pasillo, sin hacer el menor ruido. Sus pies estaban protegidos solamente por los calcetines. Había salido ya en una ocasión, lo que le había permitido ver al hombre que se hacía pasar por Bob Norris, dándole a la botella. Cuando hizo la observación, el nivel de la botella había descendido ya a la mitad.

Sin duda, pensó, Salters se sentía muy nervioso y había buscado en el whisky un seguro tranquilizante. Ackers hizo un gesto con la cabeza. «El alcohol es la perdición de los hombres en general y la tuya en particular», murmuró, como si se dirigiera al estafador.

Atisbo por el ojo de la cerradura. La luz estaba encendida. Salters yacía en la cama, boca arriba. La botella estaba en el suelo. Ya sólo quedaba una cuarta parte de su contenido. Aun sin audífono, Ackers pudo oír los sonoros ronquidos del sujeto. Con infinito cuidado, hizo girar el pomo de la puerta. Abrió centímetro a centímetro, entró en la habitación y cerró a sus espaldas.

Salters se agitó de pronto y el joven se quedó inmóvil, rígido. Si se despertaba, saltaría sobre él para atontarle de un puñetazo. Pero sólo se trataba de una falsa alarma. En la inconsciencia de su sueño, Salters sólo buscaba una mejor postura en la cama.

El maletín de ejecutivo estaba encima de una mesa. Ackers se acercó y levantó las presillas muy suavemente, a fin de evitar el clásico chasquido que se producía cuando se abrían normalmente. Levantó la tapa y creyó que se

quedaba sin aliento.

Durante unos segundos, contempló los fajos de billetes, correctamente apilados en el interior del maletín. La tentación resultó irresistible y acarició los papeles impresos con las yemas de los dedos. «Vaya vida que me daría yo con este botín», pensó. Pero perdería la tranquilidad y se vería obligado a vivir mirando, constantemente por encima del hombro, temeroso de sentir en cualquier momento sobre su hombro la pesada mano de un hombre de Scotland Yard. No, no merecía la pena; dormir ocho horas de un tirón, todas las noches, era algo que no tenía precio.

Sin embargo, especuló consigo mismo acerca de la posibilidad de quitarle el dinero al estafador. Pero rechazó también la idea. Lo primero que haría Salters, apenas abriese los ojos, sería echar un vistazo al maletín. Y ello podía echar a perder una larga serie de investigaciones que, estimó, estaban a punto de alcanzar su final.

Cerró el maletín y se dispuso a abandonar la habitación, con el mismo sigilo que a la llegada. Asomó la cabeza; el pasillo estaba desierto.

Salió y dio unos cuantos pasos. De pronto, oyó unas risitas de mujer.

—Quieto, tonto —dijo Georgia—. Me estás haciendo demasiadas cosquillas...

—Me gustaría hacerte otra cosa —contestó el hombre ardientemente.

—Pero ¿es que no te cansas, Jerry?

—Y, ¿quién se cansa de una cosa tan sabrosa?

Ackers sonrió. El dormitorio de Georgia se hallaba al final del pasillo. Las habitaciones de aquella posada no eran lugares adecuados para guardar demasiados secretos.

—Está bien —cedió Georgia finalmente—, pero recuerda, mañana tienes trabajo. Debes llevar al señor Norris al lugar de costumbre.

—¿Está avisado Karlo?

—No te preocupes... Haz lo que te digo y... Bribón, canalla... No, no sigas... Por favor, querido...

La voz de Georgia se convirtió en un murmullo ininteligible. Ackers no quiso seguir escuchando más. Debía acostarse, ya que al día siguiente tenía que madrugar algo más de lo acostumbrado.

CAPITULO X

Eran poco más de las siete de la mañana, cuando abandonaba su habitación. Antes de bajar al comedor, se acercó al dormitorio de Salters. El sujeto seguía sumido en un profundo sueño. Si Jerry seguía el horario acostumbrado, antes de hora y media, por lo menos, no abandonaría la posada con el huésped.

Georgia, un tanto ojerosa, se extrañó de verle levantado tan temprano.

—Hace un día magnífico y no quiero perderme lo agradable de las primeras horas de la mañana —contestó el joven—. He dormido magníficamente, de un tirón, desde las diez de la noche, y aunque me hubiese gustado seguir un rato más en la cama, he llegado a la conclusión de que un descanso excesivo no resultaba muy conveniente.

—Eso sí es cierto —convino Georgia—. ¿Le sirvo el desayuno?

—Sí, por favor.

Ackers desayunó en menos de diez minutos. A las siete y media, ya estaba en las afueras de la población. Había comprobado, satisfecho, que no se veía el menor rastro de la furgoneta que conducía Jerry.

Mientras caminaba, pensó en la enorme suma de dinero que había visto la noche anterior. Ya no le cabía la menor duda de que aquella banda organizada y dirigida por una mujer, que disfrazaba su voz, para que pareciese la de un hombre, se cuidaba de esconder a los sujetos que habían robado grandes cantidades de dinero. Los dos últimos habían sido Eppherd, con doscientas mil libras, y Liggett, con ciento ochenta mil. Salters, calculó, llevaba en su maletín bastante más de cien mil.

Y, antes que aquellos tres, otros tantos, por lo menos, también habían desaparecido misteriosamente, con una suma total de dinero que se aproximaba a las cuatrocientas cincuenta mil libras.

El total ascendía a más de ochocientas mil libras. ¿Cuánto cobraban por ocultarles?

¿El diez? ¿El veinte por ciento? En un año, si el precio del «hospedaje» era de un, veinte por ciento, se habían embolsado más de ciento cincuenta mil libras. Así se comprendía el interés que tenían por mantener viva la leyenda de Derwent House y los arreglos que habían hecho en la vegetación circundante.

De repente, se le ocurrió algo que heló la sangre en sus venas.

Seis hombres habían ido a Derwent House. Con Salters, serían seis en total. Hasta entonces, nadie había vuelto a tener noticias de ellos. Ackers se preguntó si para los componentes de la banda no resultaría más productivo asesinar a sus huéspedes y quedarse con el botín íntegro.

¿Qué lugar más seguro que Derwent House para esconder media docena de cadáveres?

A fin de cuentas, se trataba de fugitivos de la justicia, personas que sentían

un gran interés en escapar del largo brazo de la ley. Nadie, sino los más allegados, les echarían en falta... e incluso sus propios familiares, si los tenían, se comportarían con la máxima discreción, sabiendo que cualquier paso en falso podía delatarlos. Un día, quizá, empezarían a buscarlos... pero entonces ya sería demasiado tarde.

De todos modos, se dijo, no eran más que especulaciones que no tenían una base sólida. Antes de sentar una afirmación de manera irrefutable, era preciso encontrar las pruebas.

Y las pruebas, resumió finalmente sus pensamientos, no podían hallarse más que en Derwent House.

* * *

Convenientemente escondido, vio llegar a Salters y a Jerry. El guía llamó a la puerta. Karlo abrió a los pocos instantes. Salters entró en la casa y Jerry Swan dio media vuelta. Una vez más, Ackers pudo apreciar que el estafador no soltaba su maletín de mano ni un solo instante.

Una vez que Salters y Karlo estuvieron dentro. Ackers abandonó su puesto de observación y corrió a dar un rodeo, para acercarse a la casa, por una de las fachadas laterales. Luego, paso a paso, caminó junto a la pared, hasta llegar a la esquina posterior.

Allí había una puerta, y se preguntó si sería conveniente entrar en el edificio, para conseguir más detalles. De pronto, oyó voces a su espalda.

En todo momento, ahora, llevaba puesto el audífono. Retrocedió unos pasos y se acercó a la ventana inmediata.

Karlo y el huésped se hallaban en una pequeña salita, conversando amistosamente. Salters tenía en la mano una copa. Karlo desempeñaba como un actor consumado el papel de criado respetuoso y amable.

—¿Qué es eso? —preguntó Salters de repente.

El joven asomó los ojos a ras del antepecho de la ventana. La mano de Salters señalaba un punto situado en la pared.

—Oh —respondió Karlo—. Se trata de una habitación secreta, conocida solamente de muy pocos.

—¿Está cerrada?

—En estos momentos, sí, pero al señor le convendría conocer la forma de llegar a ella, para caso de un apuro. La casa es absolutamente segura, pero nunca está de más sentirse prevenido.

—Sí, en eso tiene usted razón. ¿Cómo se penetra en la habitación secreta?

—Se lo enseñaré... ¿Ve la llave? Debe asirla y hacer que gire hacia la derecha...

Inténtelo usted mismo, señor Norris.

—Sí, resulta conveniente.

Salters se acercó a la pared y agarró la gran llave de piedra, situado frente a ella. Flexionó ligeramente los dedos, como si quisiera acumular fuerzas y,

bruscamente, la hizo girar a un lado.

El suelo falló bajo sus pies y se hundió verticalmente, con los brazos en alto, como si intentase hallar un asidero, a la vez que emitía un grito horripilante. Ackers se quedó con la boca abierta, estupefacto y aterrado a un tiempo.

Karlo se inclinó hacia el hueco. Ackers pudo ver la perversa sonrisa que lucía en su rostro aquilino al incorporarse. Luego, Karlo estiró la mano e hizo girar la llave en sentido opuesto. La trampilla volvió a su posición normal.

Ackers sacó un pañuelo y se secó el sudor de su rostro. Necesitaba un trago, pero no tenía una sola gota de licor al alcance de su mano. Un cigarrillo le sentaría bien, pensó, seguro de no ser visto por el momento, ya que Karlo había subido al primer piso.

Pero, de repente, cuando ya iba a encender el cigarrillo, cambió de opinión.

Karlo estaría algunos minutos más en el primer piso. Era preciso aprovechar la ocasión. Cuando se había marchado tan rápidamente, era porque estaba seguro de que el huésped había pasado a mejor vida.

Ackers levantó el bastidor de la ventana, situada a la altura de su garganta, se izó a pulso y pasó al otro lado. Caminando de puntillas, se acercó a la llave de piedra. «Ya lo creo que sirve para abrir una habitación secreta. Como que el que entra, no vuelve a salir de ella», pensó, a la vez que, situado prudentemente, hacía girar la llave.

La trampa se abrió en el borde de sus pies. Miró hacia abajo. La oscuridad era absoluta. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Del fondo de aquel pozo no subía él menor sonido. La muerte de Salters, por tanto, había sido instantánea.

Mirando a derecha e izquierda, buscó algo para hacer una prueba. A poca distancia, sobre la mesa, vio un barato cenicero de cristal. Con él en la mano, se acercó al hueco. Contó mentalmente los segundos, mientras el cenicero caía al vacío. Calculando el tiempo que tardaba en llegar el sonido del choque, halló que la profundidad del pozo no era menor de sesenta metros.

Arrodillándose, sacó su encendedor. La llama reveló que la anchura del hueco superaba los tres metros. Pero no subía del fondo ningún hedor. Si los otros huéspedes, habían caído en la misma trampa, ¿dónde estaban sus cadáveres?

En una de las paredes, divisó unos peldaños de hierro encastrados en la roca. Dudó un momento, pero dándose cuenta de que no tendría tiempo, decidió abstenerse de explorar el pozo. Lo que sí hizo fue buscar por todos los rincones, hasta encontrar en el estante inferior de una mesita, algunas revistas. Hizo una bola bastante grande con los papeles, les prendió fuego y, cuando estuvo seguro de que no se apagarían, los dejó caer.

El resplandor de las llamas le permitió ver muy pronto el cuerpo inerte de Red Salters, boca abajo, con una pierna torcida antinaturalmente y los brazos extendidos. También creyó ver a la izquierda la entrada de una especie de túnel, pero, ya era hora de abandonar aquel siniestro caserón. No cabía duda alguna; todo el que venía como huésped a Derwent House, se quedaba allí

para siempre.

Y él, ¿por qué había salvado la vida?

* * *

El inspector Jeffries se sintió abrumado al conocer la noticia.

—Se han movido rápidamente —comentó.

—Eran más de cien mil libras, señor —dijo el joven, desde la seguridad de la otra posada de Bershley Village.

—¿Cree que los demás han acabado también en ese pozo, Paul?

—No hay motivo para suponer lo contrario, señor. Pero aún hay más.

—Dígame, Paul.

—Según mis cálculos, el botín asciende ya a ochocientas mil libras, por lo menos. Esto es algo que planearon hace bastante tiempo, posiblemente, cuando tendieron la trampa a Edward Derwent, para tenerle encerrado en la cárcel. La hija, naturalmente, es mucho más manejable. Sobre todo, si actúa bajo la coacción que supone acceder a las peticiones de esos asesinos, con la promesa de recuperar los documentos que permitan la revisión de la causa.

—Sí, muy cierto. ¿Y bien?

—Pienso que deben de estar a punto de «liquidar» el negocio. A Stella le dijeron dos años. Han necesitado uno para prepararlo todo y otro para «recaudar» fondos. Presiento que el asesinato de Salters es su último «trabajo».

—Seguramente —convino el inspector Jeffries—. Si Salters ha muerto esta mañana, no será fácil hacer desaparecer el cadáver, sobre todo, en el lugar en que se encuentra. Y si tenemos un cuerpo del delito, ya hay suficiente para iniciar la acción legal.

—¿Qué es lo que piensa hacer, jefe?

—No cabe duda de que Reid Bolt es cómplice, ya que era el encargado de comunicar las instrucciones a la posadera. Por cierto, hemos averiguado datos sobre la vida de Georgia Marlowe y tiene unos antecedentes muy poco recomendables: dueña de un prostíbulo y hasta hace poco más de un año, compradora de objetos robados, abortista, estafadora y un montón de cosas más. Jerry Swan era el hombre que cuidaba del orden en el prostíbulo y se ocupaba de reclutar chicas, y no siempre con buenos modales,

—Su chulo, vamos.

—Exacto. Paul, siga como hasta ahora; Mildred le llamará a la noche.

—Muy bien, señor.

Ackers regresó a la posada a tiempo para el almuerzo.

—Tengo un apetito fenomenal —dijo—. Sería capaz de comerme una muía con herraduras y todo, señora Marlowe.

—Bueno, la pata de cordero que le voy a servir es mucho más blanda —sonrió Georgia—. ¿Quiere una jarra de cerveza mientras tanto?

—Se lo agradeceré, señora.

Georgia llenó la jarra y la puso ante la mesa del huésped, alejándose a la cocina inmediatamente. Ackers acercó la jarra a sus labios, pero entonces creyó percibir un olor nada agradable.

Aprensivo, se levantó corriendo y fue al mostrador, vaciando el contenido de la jarra en el sumidero. Tomó otra, la llenó del grifo y acercó la cerveza a su nariz. «Esta huele bien», pensó.

Sospechaban de él, ya no cabía la menor duda. ¿Karlo?

El cordero tenía un gusto exquisito. No estaba narcotizado, aunque, por precaución, subió a su cuarto y se acostó. Sin embargo, nadie subió a vigilar su supuesto sueño. Quizá se había sentido demasiado temeroso, pensó, y había hallado en la cerveza un olor que no era sino producto de una aprensión. Pero las precauciones, se dijo, no estaban nunca de más.

«Mildred» llamó poco antes de las siete de la tarde.

—Stella ha emprendido viaje en dirección a Bershley Village —!e informó el inspector Jeffries.

* * *

Reid Bolt sintió un escalofrío al ver a los dos hombres que se acercaban al mostrador.

Uno de ellos enseñó una placa, al mismo tiempo que decía:

—¿Reid Bolt? Soy el inspector Jeffries, de Scotland Yard. El hombre que me acompaña es el sargento detective Sharmon. Vamos a hacerle algunas preguntas, que puede dejar sin respuesta si así lo desea, pero debe tener en cuenta que todo lo que diga podrá ser utilizado en contra suya. ¿Lo ha entendido?

Bolt asintió, tragando saliva. Todo se había derrumbado, pensó, y ello por la excesiva codicia. Había insistido en que ya tenían bastante, que debían dar fin al plan y escapar al extranjero, antes de que fuese demasiado tarde. Jack Liggett debía ser el último en su opinión, pero no le habían hecho caso. Ahora, la catástrofe se avecinaba y...

—Señor Bolt, tenemos las pruebas suficientes para asegurar que, por lo menos, se ha cometido un asesinato en una residencia llamada Derwent House, cerca de Bershley Village —continuó Jeffries—. Sospechamos que las víctimas han sido, en total, seis, pero, como digo, sólo hay pruebas de un homicidio. Si no me cree, puedo citarle los nombres de Bill Eppherd, Jack Liggett y Red Salters entre otros. ¿Puede usted, a su vez, citarme los nombres de los componentes de la banda? Estoy seguro de que el fiscal tendría en cuenta su colaboración...

Bolt bajó la cabeza. Reflexionó durante unos segundos. A fin de cuentas, se dijo, sólo había transmitido ciertos mensajes que, bien mirado, no podían comprometerle excesivamente. Un hábil abogado sabría sacar provecho de su colaboración, teniendo en cuenta el papel que había desempeñado en el caso.

—Sí —contestó al cabo—. Diré los nombres.

El sargento Sharmon sacó una libreta y se dispuso a anotar. Bolt continuó:

—Georgia Marlowe, Jerry Swan y Karlo Rutoni.

—Muy bien —dijo Jeffries—. Pero, si no me equivoco, falta el nombre del jefe de la banda. ¿Quién es ese individuo?

—Es una mujer.

—Hablaba con voz de hombre —recordó el inspector. Bolt respingó.

—¿Cómo lo saben?

—Ustedes coaccionaban a una linda señorita, con la promesa de devolverle unos documentos, que permitirían la revisión del proceso y condena de su padre.

—Si han intervenido mi teléfono, lo hicieron ilegalmente... Jeffries cortó en seco las protestas del sujeto.

—En primer lugar, no hemos intervenido su teléfono —dijo en seco acento —. Luego es preciso tener en cuenta la extorsión a que sometían a la dueña de Derwent House. Ella, por su propia voluntad, se prestó a ayudarnos. Uno de nuestros agentes la proveyó de un micrófono muy sensible, que podía ocultar fácilmente entre sus ropas. Nuestros expertos dictaminaron que la voz del jefe era de mujer. Desengáñese, señor Bolt, si alguien no puede mencionar la palabra ilegalidad, ése es usted.

—Está bien, les diré dónde están los documentos...

—Y nos dirá también el nombre de la mujer.

—Ella dijo que hablaría siempre con voz de hombre y que yo debía tratarla como a tal, por si alguien escuchaba nuestra conversación...

—Una precaución muy lógica —convino Jeffries—. ¿Su nombre? Bolt emitió un hondo suspiro.

—Sandra Walter —respondió.

CAPITULO XI

Stella se detuvo ante la puerta y la golpeó con el pesado llamador de hierro. Frunció el ceño, disgustada por el hecho de verse obligada a llamar a su propia casa. El coche había quedado en el camino, con las llaves puestas. Alguien lo retiraría, como había sucedido en anteriores ocasiones.

Volvió a llamar. Karlo abrió casi en el acto.

—Buenas noches, señorita —saludó, cortés.

—Hola —dijo ella secamente—. ¿Puedo pasar?

—Es su casa, señorita, Stella sonrió burlonamente.

—¿Está seguro, Karlo?

—Por favor... Sus padecimientos van a terminar muy pronto, señorita. Quizá mañana mismo no necesitemos más de Derwent House.

Los ojos de la joven trataron de penetrar en lo que había más allá de la burlona sonrisa de Karlo.

—¿Dónde están los documentos? —inquirió.

—Los tendrá mañana por la mañana, no se preocupe. ¿Quiere subir a su habitación?

—¿Puedo? ¿O me va a indicar otro dormitorio?

—Ese tono de sarcasmo resulta muy hiriente, señorita —se quejó Karlo, ficticiamente ofendido.

—Si le parece bien, me arrodillaré y le besaré las plantas de los pies —contestó ella, sin poder dominar su humor agresivo. Apartó con la mano al sujeto y echó a andar hacia la escalera que conducía al primer piso—. ¿Le molestaría prepararme una taza de té?

—Será un placer, señorita.

Stella siguió andando. Al llegar al dormitorio, lanzó sobre la cama el pequeño «neceser» de viaje, que constituía su único equipaje. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno nerviosamente.

Karlo llamó unos minutos más tarde. Stella abrió la puerta.

—Deje ahí la bandeja; yo me serviré el té —dijo.

—Sí, señorita.

El sujeto se encaminó hacia la puerta nuevamente. De pronto, Stella tuvo una inspiración.

—¿Karlo?

—Dígame, señorita.

—¿Hay narcótico en él té?

—Tiene usted un humor magnífico...

—Hace algunas semanas, en una noche de tormenta, vino un hombre que se había perdido y al que dimos hospedaje. ¿Lo recuerda?

—Oh, sí, señorita; usted, sin duda, se refiere al señor Ackers.

—Exacto. Esa misma noche, yo fui a su habitación y me entregué a él, como la más vil de las prostitutas.

—¡ Señorita!

—Le estoy diciendo la verdad y usted lo sabe muy bien. Casi desde el momento en que llegó el señor Ackers, usted empezó a propinarme dosis del narcótico. A la mañana siguiente, yo no recordaba nada y usted dijo que el señor Ackers se había marchado muy temprano. ¿Qué es lo que pretenden, Karlo?

Los ojos del hombre brillaron malignamente.

—No se preocupe por nuestros proyectos, señorita —contestó—. Tómese el té, relájese y descanse hasta la hora de la cena. Mañana, repito, sus problemas, habrán desaparecido.

—Karlo, llévese el té —dijo Stella fríamente.

—Pero ¿por qué? Está recién hecho...

—O se lo lleva o se lo tiro a la cara.

Karlo cerró los labios. Agarró la bandeja y volvió junto a la puerta.

—¿Prefiere que le sirva la cena en su habitación? —consulto. Stella iba a contestar negativamente, pero rectificó a tiempo.

Si sólo iba a pasar una noche en la casa, podría soportar fácilmente el ayuno. Tiraría parte de la cena por el sumidero, a fin de evitar las sospechas y bebería solamente agua del grifo.

—Sí, por favor, cuando esté lista —respondió.

Al quedarse sola, se acercó a la ventana y apoyó la frente en el cristal. Ackers estaba en Bershley Village, a diez kilómetros tan sólo de distancia. ¿Cómo podría avisarle, sin despertar sospechas?

De pronto, con las últimas luces del día, vio a una mujer que se aproximaba a la casa.

Segundos después, oyó los golpes del llamador de hierro.

Aquella mujer, muy hermosa por cierto, le resultaba completamente desconocida. Se preguntó a qué podría haber venido.

Podía averiguarlo. En el «neceser» tenía aún el micrófono. Se lo puso rápidamente, abrió un poco la puerta y orientó el audífono hacia el vestíbulo.

La voz de Karlo llegó a sus oídos con absoluta nitidez.

—Cariño..,

—Hola, encanto —dijo la mujer—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bien, sólo que ella parece un poco nerviosa... Ha averiguado lo del narcótico, ¿sabes?

—Se lo habrá dicho Ackers, pero no te preocupes. Mañana habrá terminado todo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Nena, he estado aguardando ansiosamente este momento. Creo que deberíamos marcharnos cuanto antes...

—Mañana, Karlo. Antes he de dejar terminada cierta tarea. No debemos permitir que queden rastros.

—Eso sí es cierto, encanto.

—Ahora voy a cambiarme —anunció Sandra—. Nos veremos a la hora de la cena. Sírvesela a Stella en su habitación.

—Me lo ha pedido precisamente...

—Y ponle en el vino y en la sopa una buena dosis de narcótico. Interesa que duerma.

Esta vez no necesita desempeñar el mismo papel que en la ocasión anterior.

—Lo tendré en cuenta, muñeca.

Stella se retiró presurosamente. Sentíase muy preocupada. ¿Cómo podría avisar a Paul?

Pronto encontró la respuesta. Simularía estar profundamente dormida, sujeta a la acción del narcótico y, a la media noche, iría al pueblo. Aun en medio de las más profundas tinieblas, conocía sobradamente el camino y no se extraviaría.

* * *

Paul Ackers decidió pasar a la acción, apenas conoció la noticia del viaje de Stella a su residencia. Inmediatamente, salió de la posada y se encaminó a la única tienda del pueblo, en donde compró una linterna de gran potencia. Acto seguido, emprendió la ruta que debía llevarle a Derwent. House.

Había hecho demasiadas veces aquel camino, para necesitar la linterna en los primeros kilómetros. Al cabo de media hora, divisó a lo lejos las luces de un automóvil que rodaba en dirección opuesta.

El coche estaba a unos quinientos metros. Ackers juzgó conveniente apartarse a un lado para no ser visto. Inesperadamente; cuando el automóvil se hallaba a un cuarto de kilómetro, oyó un fuerte estampido.

Casi en el acto, cesó el ruido del motor. El silencio era tan profundo, que Ackers pudo escuchar segundos más tare los juramentos e imprecaciones del conductor, furioso por el inesperado contratiempo.

Con gran cautela, se acercó al lugar donde se había detenido el coche. Su conductor había dejado encendidas las luces del coche, a fin de conseguir un mínimo de resplandor reflejo que le permitiese ver para realizar cómodamente la maniobra del cambio de ruedas. Ackers reconoció bien pronto a Jerry Swan. No le costó adivinar lo sucedido. Stella había llegado ya a Derwent House. Sin duda, se había visto obligada a dejar el automóvil a corta distancia de la propiedad, tal como hacía Swan con la furgoneta cuando llevaba las provisiones a la casa... o alguna víctima con la cartera bien repleta.

El coche no importaba, se dijo, mientras se escurría silenciosamente a través del bosque. Sólo cuando estuvo seguro de que la luz de su linterna no sería vista, se atrevió a encenderla. De este modo, pudo caminar seguro y con mayor rapidez. Ello le permitió situarse en Tas inmediaciones de su objetivo poco antes de las nueve de la noche.

Había luces en la planta baja de la casa. También se veía una ventana

iluminada en el primer piso. Aguardó unos minutos. De pronto, vio una silueta que cruzaba por delante de la ventana. El corazón le dio un vuelco. Aquella figura le resultaba familiar.

Sintióse notablemente aliviado. Al menos, Stella estaba viva. Si pretendían hacerle algo, sería a una hora más avanzada. Se preguntó cómo podría llegar a su habitación sin ser visto por Karlo.

En cierto modo, disfrutaba de una ventaja. En la casa no había perros. Si querían mantener la ficción de que la casa seguía destruida, como hacía doscientos años, no podían tener mastines de guarda; resultaría algo incongruente. Por tanto, podía avanzar sin temor a ser delatado por unos inoportunos ladridos.

Paso a paso, se acercó a una de las ventanas iluminadas de la planta baja. Las cortinas estaban corridas, aunque no lo suficiente para ocultarle por completo todo lo que sucedía en el interior. Miró a través de los vidrios y creyó que estaba soñando.

¿Qué hacía Sandra Walter en aquella casa?

La cabeza le dio vueltas durante unos momentos. Pero no tardó en comprender la verdad. ¿No era una mujer el jefe de Reid Bolt?

Karlo, por su parte, estaba desconocido. Ya no era el hombre encogido y aparentemente servil a quien había conocido, sino que se veía como un tipo apuesto y bien parecido a sus cuarenta y cinco años. Era fácil advertir que había cenado copiosamente, a juzgar por el vivo color de las mejillas. Sandra estaba frente a él, incomparablemente hermosa y seductora, con un vestido cuyo escote apenas si cubría sus enormes senos.

La pareja estaba celebrando algo, a juzgar por el champaña que había en las copas.

Ackers sacó el audífono y pegó la oreja al vidrio.

—Sandra, preciosa, creo que deberíamos retirarnos —propuso Karlo súbitamente.

Ella se reclinó en el sillón, con la copa en la mano y los ojos maliciosamente entornados.

—¿Me has echado de menos? —preguntó.

—No te lo puedes imaginar. Aquí, solo...

—Ganándote la vida —rió ella.

—A veces, resultaba muy desagradable.

—Más desagradable le resultaba a los otros, ¿no? Karlo se echó a reír también.

—Bueno, eso sí es cierto... Sandra, ¿qué haremos con Georgia y su fulano?

—Ya han recibido lo suyo. Durante un año, han estado cobrando un buen sueldo. Antes de que puedan darse cuenta de lo que sucede, habremos levantado el vuelo.

—Supongo que nos iremos muy temprano, ¿verdad?

—Ackers está en la aldea, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, será preciso atraerle a la casa. Cuando lo hayamos despachado, nos iremos.

—Sí, pero, ¿cómo vendrá...?

—Haremos que Stella vaya a buscarle. El resto será fácil.

—Comprendo. Sí, es una buena idea —admitió Karlo.

—¿Ha cenado Stella?

—Sí. A estas horas, ya habrá dormido...

—Compruébalo, por favor.

Karlo se puso en pie y salió de la habitación, para regresar un par de minutos más tarde. Mientras se servía una nueva copa de champaña, dijo:

—Duerme como un angelito. Ni se ha enterado de que la he sacudido con fuerza.

—Una pregunta, Karlo. ¿Has reunido todo el dinero?

—Está en dos maletas. Tranquila, nena; sé hacer las cosas bien. No hay el menor rastro de sus anteriores propietarios.

Sandra se puso en pie.

—Karlo, cariño, creo que ha llegado el momento de recompensarte —dijo.

El hombre dejó la copa y se acercó a Sandra. Los dos se abrazaron y besaron furiosamente, con sensual avidez. Luego, con los brazos en las respectivas cinturas, abandonaron el comedor y se dirigieron al primer piso.

CAPITULO XII

Stella se incorporó en la cama, apenas notó que Karlo había abandonado el dormitorio. Estuvo escuchando unos minutos, con la ayuda del micrófono. De cuando en cuando, llegaban voces y risas desde la planta baja.

Poco después, oyó las voces más cerca. Luego volvieron a atenuarse. Stella dedujo que Karlo y la mujer se habían encerrado en uno de los dormitorios de la casa.

Entonces, saltó de la cama y se quitó el camisón, para empezar a vestirse. Aprovecharía que Karlo y la desconocida estaban entretenidos en sus juegos amorosos para escapar de la casa. Paul tenía que saber lo que sucedía...

En pocos momentos, estuvo vestida con las mismas ropas que llevaba puestas a la llegada: un sencillo pullover, chaquetón corto, pantalones y botas de media caña. Lanzó una mirada a la mesa, en la que aún estaban los restos de la cena. Había dejado parte de la sopa y de la carne, pero la copa de vino que Karlo le había servido estaba vacía. El vino y todo lo que faltaba de la sopa y del resto de la cena, había ido a parar al sumidero. Ni siquiera se había atrevido a tocar la fruta.

Lanzó un profundo suspiro y agarró su bolso de viaje. Entonces vio que la puerta se abría lentamente.

Stella sintió que se le paralizaba el corazón. Ahora vendría Karlo y... La cabeza de un hombre asomó por el hueco.

—Stella —dijo Ackers—. Estás despierta —añadió, lleno de pasmo. La joven corrió hacia él.

—Dios mío... Ahora iba a buscarte a la aldea... Ackers se volvió y cerró con todo cuidado.

—Baja la voz —recomendó—. He oído a Karlo decir que estabas narcotizada, Stella.

—Tenía la seguridad de que iba a ponerme narcótico en el vino y en la sopa, así que lo eché casi todo por el sumidero. Luego fingí estar dormida. Karlo vino y me sacudió, pero yo continué fingiendo...

Ackers sonrió, a la vez que le acariciaba las mejillas.

–Chica lista —comentó—. Bueno, creo que tus problemas van a terminar esta noche. Stella, es hora que sepas que soy sargento detective de Scotland Yard, y que estoy aquí en misión oficial. La mujer que está con Karlo, y éste, naturalmente, son dos asesinos. Atraían aquí a tipos con dinero, los mataban y luego les robaban. Por supuesto, sus víctimas eran forajidos y estafadores, que creían ganar la impunidad de sus delitos, escondiéndose aquí para marcharse un día del país. Pero en realidad, venían a morir a Derwent House.

Ella le escuchaba con los ojos muy abiertos, completamente horrorizada y sin atreverse a dar crédito a lo que le contaba el joven. Pero en su fuero íntimo presentía que todo lo que oía era rigurosamente cierto.

—De modo que los asesinaban...

—Sí. Yo mismo, incluso, vi a Karlo matar al último huésped, un sujeto que había huido con un botín de más de cien mil libras. ¿Conocías tú la existencia de un pozo muy profundo en la casa?

—Sé que hay dos, porque se hicieron dos perforaciones, pero una de ellas no dio resultado. El pozo que sí tiene agua está fuera de la casa. El otro quedó en el interior, pero lo tapiaron por la parte de arriba...

—Alguien quitó esa cubierta y lo ha estado utilizando como cementerio —dijo Ackers gravemente.

—Es horrible —musitó la joven—. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Ponerte a ti a salvo, en primer lugar. Yo debo salir al encuentro de mi jefe y los otros agentes. Van a venir a arrestar a esos criminales esta misma noche. Les esperaré cerca de la aldea, para guiarlos hasta la casa, ¿comprendes?

—Está bien... Ahora comprendo por qué utilizaban mi casa...

—También te utilizaban a ti, para que estuvieses en algunas ocasiones, lo que daría un aspecto de normalidad a la cosa, si se sabía en el pueblo. A los habitantes de la aldea no se les podía engañar, como a los forasteros, lo que sucedió en mi caso, ignorante de la realidad. Alguno podía pasar por las inmediaciones...

—Me hacían venir algunos fines de semana, especialmente en el buen tiempo. Nunca faltan cazadores y yo los veía y me veían...

—Y todo marchaba bien, y justificaba la presencia de un criado en la casa. Probablemente, aquella noche, después de narcotizarme, fueron Karlo y Swan los que me transportaron hasta las ruinas del primitivo edificio, montando a continuación el decorado con una cama vieja y una silla desvencijada. Georgia, la posadera, completó la ficción, con la historia de la joven que pactó con el diablo para vivir eternamente joven y bella, y conseguir amar siempre que lo deseara.

—No deja de ser más que una leyenda —sonrió Stella.

—Sí, me lo imagino —convino él—. Bien, ¿vamos?

Ackers agarró la mano de la muchacha. Cuando se disponían a salir, oyeron voces en el corredor.

—Quieta —susurró él.

* * *

Impúdicamente desnuda, Sandra se incorporó sobre un codo y miró al hombre que yacía lánguidamente a su lado.

—Karlo...

—¿Sí, cariño?

—¿Sabes una cosa? Me gustaría ver el dinero...

—¿Ahora?

—¿Por qué no? ¿Hay algún inconveniente que lo impida? Stella está

dormida y no nos oirá... ¿Dónde lo guardas?

Karlo sonrió maliciosamente.

—En el lugar más adecuado —contestó—. Y más seguro, por supuesto. Conque quieres verlo, ¿eh?

Echó a un lado las ropas de la cama y buscó la bata. Sandra le imitó en el acto.

Momentos después, abandonaban el dormitorio.

—Sandra, ¿estás segura de que debemos eliminar a Ackers y a la chica? —preguntó el hombre, mientras caminaban hacia la escalera.

—Karlo, no hace ni veinticuatro horas que uno de mis mejores confidentes, el que me ha dado «soplos» más sustanciosos, me informó que Ackers es sargento detective de Scotland Yard. Sospecho de él y, aunque fuimos amigos en tiempos, prefiero no correr riesgos.

—Eso está muy bien pensado. Descuida, Stella le hará venir a esta casa... Descendieron a la planta baja y se encaminaron al saloncito íntimo. Al franquear el umbral, Karlo dijo dónde tenía escondido el dinero. Sandra parpadeó un instante y luego se echó a reír.

—Desde luego, es el lugar más adecuado —exclamó.

Karlo cruzó la estancia y accionó la llave que abría la trampilla.. Dramáticamente, señaló el negro hueco con la mano.

—Ahí, sujetas con una cuerda...

—Anda, sácalas, tengo ganas de ver el dinero —insistió ella.

Karlo rezongó entre dientes, pero acabó por obedecer. Arrodillándose junto al borde del pozo, alargó una mano para asir la cuerda sujeta al primer peldaño de hierro de la escalera que conducía al fondo del pozo. Entonces, un pie se apoyó en sus posaderas y empujó con violencia.

Karlo lanzó un terrible alarido al sentirse precipitado en el vacío, lanzado a la muerte de la misma forma que él lo había hecho con sus víctimas. Arriba sonó una risa demoníaca, pero no llegó a oírla siquiera.

Dando la vuelta al pozo, Sandra agarró la llave y la hizo girar, con lo que el suelo volvió a ocupar su aspecto primitivo. De pronto, oyó una risa baja y siniestra en el salón.

Todavía con la mano en la llave, se volvió. Asombrada y furiosa, lanzó una exclamación:

—Señor Bolt, ¿quién le ha dado permiso...?

—No soy Bolt, aunque, en ocasiones, tomaba su apariencia. Y hasta atendía a la clientela de la tienda —contestó el hombre—. Bolt ha sido detenido y ha dado los nombres de tus cómplices a la Policía.

Sandra se sintió aterrada.

—Eso es imposible...

—Hay ocasiones en que yo, un virtuoso de la mentira y el engaño, me veo obligado a decir la verdad. Y tú misma sabes que todo lo que te estoy diciendo en estos momentos es rigurosamente cierto.

—Bien, ¿y qué? Hicimos un pacto, ¿no? Establecimos unas condiciones,

me parece.

—Tú viniste un día a la tienda y yo ocupaba el lugar de Bolt. Se te había ocurrido la idea de montar aquel negocio y a mí me pareció muy divertido. Cuando te vi, escruté tu mente y pude darme cuenta de que te sentías insatisfecha. Por eso, aquella misma noche, te propuse el pacto.

—Tenías otra figura...

—Puedo adoptar cuantas figuras quiera, lo sabes muy bien. Pero hace un momento, has hablado de condiciones. Yo he cumplido mi parte; en poco más de dos años, te he devuelto la belleza y la esbeltez, que ya empezabas a perder, y te concedí la fortuna que ambicionabas. Pero también te dije que deberías averiguar por ti misma cuándo pensabas detenerte.

Sandra se echó a reír.

—¿Vas a reprocharme que haya eliminado a Karlo? —preguntó.

—No. Eso no merece el menor reproche. Simplemente, he venido a recordarte esa cláusula del contrato.

—La recuerdo perfectamente.

—Entonces, no la eches al olvido. Sandra, ya no volveremos a vernos más... al menos, hasta que acuda a cobrarme la deuda que tienes conmigo.

—Tardarás muchísimos años —dijo ella burlonamente. De pronto, se encontró sola.

Durante unos instantes, creyó hallarse a solas. Luego se pasó una mano por la frente.

Sobre la mesa, había todavía una botella de champaña en el cubo con hielo. La destapó y empezó a llenar una de las copas. Al lado divisó una cajita de forma oblonga. Karlo, se dijo, era muy descuidado con el narcótico. ¿O quizá había querido narcotizarla durante la cena y no había encontrado ocasión propicia?

—De todos modos —dijo; a la vez que levantaba la copa—, ya estás en el infierno. Y allí me esperarás muchísimos años...

En el mismo momento, se abrió la puerta y un hombre entró en la estancia.

—Hola, Sandra —saludó Ackers.

* * *

Sandra quedó con la copa a mitad de camino de sus labios, estupefacta por la inesperada presencia del hombre a quien creía lejos de aquel lugar. Detrás del joven, apareció la dueña de la casa.

—No sabía que conocieras a Stella, Paul —dijo Sandra, todavía no repuesta de la sorpresa.

—Sabes muy bien que es cierto y sabes también la forma en que nos conocimos, porque Karlo te lo habrá contado, sin duda —contestó Ackers con grave acento—. Lo que obligasteis a que Stella hiciera, es algo indigno...

—No lo pasaste tan mal, supongo —se burló Sandra.

—A mí no me importa lo que sucedió —intervino la muchacha con gran

vehemencia—. Me importan mucho más los horribles crímenes que se han cometido en esta casa...

Ackers extendió una mano.

—Tranquilízate, por favor —rogó—. Sandra, ¿qué hacías la noche en que estuvimos juntos, con la vela verde encendida?

—Invocaba al demonio —contestó fríamente la aludida—. No me creerás, pero es la pura verdad. Vendí mi alma, a cambio de la juventud y el dinero.

—Estás loca...

Sandra se encogió de hombros.

—Piensa lo que gustes —dijo.

—Entonces, sería el diablo el que te enseñó a fabricar las velas drogadas. Una de ellas, encendida, estuvo a punto de matarme.

—Quizá fuese él mismo el autor de la fórmula —murmuró Sandra pensativamente—. De todos modos, tú supiste engañar a Bolt con el maniquí. Nunca te faltó el buen humor...

—Hice fabricar una segunda vela análoga a la que compré en tu tienda. De la primera se hizo un análisis muy completo. ¿Te digo los resultados?

—No, ¿para qué? De todos modos, ¿puedes probar algo contra mí?

—Vi a Karlo asesinar al último huésped.

Sandra palideció un instante, pero se recobró muy pronto.

—Eres un tipo curioso —sonrió.

—Es mi profesión —respondió Ackers—. Por eso sé que pensabas eliminarnos a Stella y a mí. Y sé que en algún lugar de esta casa, hay escondidas ochocientas mil libras esterlinas. Por cierto, ¿dónde está Karlo?

—En su habitación, durmiendo —dijo Sandra, displicente.

—Ya hablaré luego con él. Cuando menos, tendremos el cadáver de Red Salters. Los otros ya aparecerán, descuida.

—Entonces vas a llevarme detenida...

—Lo siento, Sandra, pero es así.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Sandra puso champaña en otras dos copas.

Deliberadamente, se había situado de espaldas a los dos jóvenes. Al terminar, giró en redondo, con las copas en las manos.

—¿No quieren beber? —preguntó sonriendo. Ackers hizo un gesto negativo.

—No nos gustan los narcóticos —respondió—. Cuando estuviésemos dormidos, nos arrojarías al pozo seco... al mismo lugar al que otros fueron también arrojados. Queremos vivir, Sandra.

Por primera vez en todo el tiempo, Sandra pareció perder la compostura. Una horrible palidez inundó su rostro.

Retrocedió. Una tras otra, las copas cayeron al suelo y se rompieron estridentemente.

Ackers seguía avanzan do hacia ella.

Sandra dio un paso hacia atrás, otro, y otro... Súbitamente, el suelo se abrió

bajo sus pies.

Un escalofriante alarido brotó de sus labios al darse cuenta de la inexorabilidad de su caída. En aquella fracción de segundo, comprendió el sentido de las frases pronunciadas por el ser al que había vendido su alma. Debía saber detenerse por sí misma o perdería la partida.

Cayó, volteando sobre sí misma, gritando, gritando... Había tenido permiso para ciertos crímenes, pero no había podido cometer el último, no había podido matar a dos inocentes...

El horrendo choque contra el suelo cortó en seco sus últimos pensamientos.

Inmediatamente, sintió que se hundía en un mar de fuego.

Ackers se inclinó hacia el pozo, mientras Stella se volvía, apoyándose en la mesa con ambas manos, para no caer al suelo. De súbito, Ackers creyó ver un rojizo resplandor en el fondo del pozo. Algo parecido a la lava en fusión se movía allá abajo, hirviendo silenciosamente, con burbujas de espeso líquido que estallaban sin producir el menor sonido.

Luego, la visión se esfumó. Haciendo un esfuerzo, Ackers se incorporó y contempló la llave de piedra, que no había vuelto del todo a su posición normal. Entonces, adivinó lo ocurrido.

* * *

—La trampa quedó mal cerrada, después de que ella lanzase a Karlo, para disfrutar del botín sola, sin nadie con quien compartirlo —dijo Ackers, días más tarde, en el despacho de su jefe—. Y, créame, a mí me pareció ver la entrada del infierno.

El inspector Jeffries tocó con la mano una libreta de tapas negras que tenía encima de la mesa.

—Su diario —dijo—. ¿Lo ha leído usted, Paul?

—Sí, señor. ¿Qué opina, jefe? Jeffries hizo un gesto con la cabeza.

—Uno diría que está escrito por una persona desequilibrada...

—Quizá trató realmente con el diablo, señor —murmuró el joven—. Parecía una joven de veinticuatro años, había conseguido una enorme suma de dinero...

—¿Y qué la arrojó al infierno? ¿Dónde rebasó el punto crítico que podía arruinar su vida?

—Cuando intentó matarnos, jefe. El diablo le permitió asesinar a ladrones y estafadores, pero... Stella y yo somos personas normales...

Jeffries volvió a mover la cabeza.

—Es preferible no pensar en ello, Paul —murmuró—. Se trata de algo que no puede ser presentado en un informe oficial. Usted y yo podemos creer en el pacto diabólico de Sandra, pero el juez podría ordenar que nos encerrasen en un manicomio. El accidente es la tesis más aceptable.

—Sí, señor.

—Y más, si tenemos en cuenta que encontramos los cadáveres de Salters y de Karlo, y los de otras cinco víctimas, cubiertas por cemento en el pequeño túnel del fondo del pozo. Dejémoslo como está, Paul.

—Muy bien, jefe.

El inspector Jeffries se reclinó en su sillón y miró sonriendo a Ackers.

—¿Qué va a hacer ahora, Paul? El joven se puso en pie.

—Voy a ver a Stella Derwent, señor —respondió.

—Sí, creo que es usted el más indicado para darle la buena noticia, de que el juez ha aceptado la revisión del proceso contra su padre. He hablado esta misma mañana con él y me ha dicho que antes de una semana, puede estar en la calle.

—Stella se alegrará de oírlo, señor.

—Y también se alegrará de verle a usted, supongo —dijo Jeffries maliciosamente.

FIN